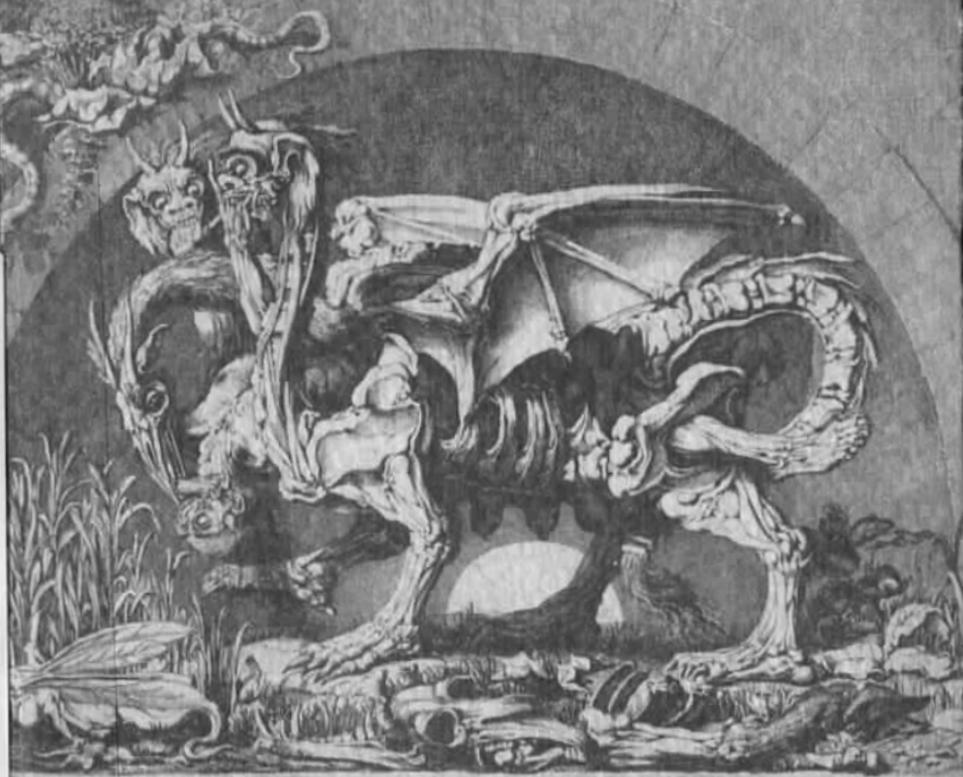


JAIME SEMPRUN

# El abismo se repuebla



42142



[pepitas ed.]

*El abismo se repuebla* es un libro que marca un punto de inflexión en el pensamiento crítico revolucionario, cerrando una etapa de balance que debutó con la revista *Encyclopédie des Nuisances* (EdN) y el libro de Debord, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Constituye un nuevo momento de la reflexión teórica coincidente con la entrada en una época oscura donde la sinrazón ha llegado a su punto más alto: la destrucción del medio obrero, la entronización de una sociedad de masas, la globalización de los mercados y el salto tecnológico hacia adelante tienen su correlato en el descenso abrupto de la crítica social hasta casi su práctica desaparición. [...]

Con estas claras palabras comienza Miguel Amorós la presentación de esta imprescindible obra que publicamos en una traducción revisada de Tomás González.

*El abismo se repuebla* es un texto muy importante en el contexto de la crítica

JAIME SEMPRUN nació en París en 1947. Además de incontables hojas, declaraciones y manifiestos, publicados anónimamente o bajo seudónimo, solo o acompañado (Los Incontrolados, EdN, Alliance contre toutes les Nuisances, etc.), escribió, entre otros, los libros *La guerra social en Portugal*, *Apología por la insurrección en Argelia*, *Diálogos sobre el fin de los tiempos modernos*, *El abismo se repuebla*, *Precis de Récupération* y *Defensa e ilustración de la neolengua*.

Colaboró en diversas publicaciones como *L'Assommoir*, *Nouvelles de nulle part* o *Resquicios*, entre otras. Dirigió la revista *L'Encyclopedie des Nuisances* y después la editorial del mismo nombre, en la que publicó además de sus propias obras a Günther Anders, Bernard Charbonneau, George Orwell o Chuang Tse. En España sus textos han aparecido en diversas editoriales de *guerrilla* (El Salmón, Precipité, Muturreko burutazioak y Pepitas). En esta casa ha publicado, además de *El abismo se repuebla*, *La nuclearización del mundo* y el *Manuscrito encontrado en Vitoria*. En la actualidad preparamos la edición de sus obras completas.

Jaime Semprun murió en agosto de 2010

El abismo  
se repuebla

PROYECTO

11

Nombre del autor

FECHA 11/6/15

EDICIÓN

M-2005/50  
IQ. 42142

CB428  
84518

Título original: *L'abîme se repeuple*



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ECONOMICAS

*Pepitas de calabaza s. l.*  
*Apartado de correos n.º 40*  
*26080 Logroño (La Rioja, Spain)*  
*pepitas@pepitas.net*  
*www.pepitas.net*

- © Encyclopédie des Nuisances
- © De la presente edición: Pepitas de calabaza s. l.

Traducción: Miguel Amorós y Tomás González López

Imagen de portada: Louis Jean Desprez

Grafismo: Julián Lacalle

ISBN: 978-84-15862-70-3

Dep. legal: LR-1224-2016

Primera edición, diciembre de 2016

JAIME SEMPRUN  
El abismo  
se repuebla

## PRÓLOGO

*EL ABISMO SE REPUEBLA* es un libro que marca un punto de inflexión en el pensamiento crítico revolucionario, cerrando una etapa de balance que debutó con la revista *Encyclopédie des Nuisances* (EdN) y el libro de Debord, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Constituye un nuevo momento de la reflexión teórica coincidente con la entrada en una época oscura donde la sinrazón ha llegado a su punto más alto: la destrucción del medio obrero, la entronización de una sociedad de masas, la globalización de los mercados y el salto tecnológico hacia adelante tienen su correlato en el descenso abrupto de la crítica social hasta casi su práctica desaparición. Se ha alcanzado el grado cero de la conciencia histórica, el ser social ha sido completamente demolido por la seudofilosofía posmoderna y la ausencia de perspectivas es el mal común de los conflictos contemporáneos. Lo existente va siendo administrado y controlado institucionalmente mientras es colonizado y transformado por la mercancía. El triunfo del capitalismo obliga a un

nivel de lucidez fuera de lo común sin el cual las luchas venideras, sin referentes, girarán en torno a sí mismas y se consumirán en el fuego de la desmoralización. La victoria completa del capitalismo coloca al pensamiento crítico en el lugar ocupado anteriormente por la lucha de clases. Nada es posible sin una vuelta a la teoría, que siempre será una teoría para la acción. La realidad ha de realizarse en el pensamiento pero no abolirse en él. Por lo tanto no se tratará en absoluto de un repliegue en la pura especulación, sino de un contraataque cuya primera fase es reflexiva.

Jaime Semprun aspiró siempre a restablecer el gusto por la verdad en la sociedad de la falsificación. Para eso, daba una patada al hormiguero de la resignación unánime y fustigaba con rudeza los espejismos ideológicos con que los dueños del mundo y la falsa oposición intentaban justificarla. Decía cosas desagradables que nadie quería escuchar, pues en un mundo puesto del revés casi todos intentan ignorar la realidad, prescindir de la razón, disfrutar de la inconsciencia, huir de la historia. La actitud desafiante de Jaime le valdrá acusaciones de derrotista ilustrado, conservador elitista, intelectual crepuscular, antisituacionista... Con Orwell, un ejemplo a seguir, hicieron peor. Y al igual que él, Jaime tomó partido contra la dominación sin hacer la más mínima concesión ni permitirse la menor

escapatoria. En un momento en el que la humanidad se alejaba de sus bases racionales Jaime reivindicaba la razón, actuaba «en nombre de la razón», pero no como esteta de la libertad o como intelectual de la decadencia, sino como atizador de los rescoldos de una hoguera que esperaba reavivar. Su apoyo, por ejemplo, a la insurrección de los *aarch* en Argelia, confirma esa actitud. En realidad sus palabras reflejaban un realismo y una profunda radicalidad que no dejaba sitio para ilusiones, la única forma de abrir horizontes y dar una base sólida a la práctica revolucionaria. Sus conclusiones, siempre en el filo de la historia, no autorizaban un optimismo sin sentido, pero tampoco obligaban al pesimismo. Jaime escribía para cambiar el mundo, no para acomodarse a él. El problema es otro. Como indica Horkheimer en *Hacia un nuevo manifiesto*, al paralizarse el movimiento real que suprime las condiciones existentes, al desaparecer el sujeto histórico («el partido»), quedaría cancelada la razón básica de la teoría y se trabajaría hacia lo incierto. Ante una deriva catastrófica sin sujeto, la tentación de atrincherarse en lo negativo y convertir la crítica en un fin en sí es un hecho, pero la finalidad de Jaime desde que fundó la EdN siempre fue otra, la de forjar una corriente crítica que supiera encontrarse con las fuerzas que se originasen en las luchas del fin del mundo. Lo que pasaba es que,

dados los progresos de la alienación y la disolución de las clases, la tarea iba a ser mucho más ardua que en el pasado. La constatación de la aplastante derrota del programa manumisor del proletariado no determinaba un rechazo de la revolución, sino la reafirmación de su necesidad, ya que era la única salida racional a la barbarie a la que nos conducía aceleradamente el tren de la masificación y del progreso. Con mayor razón, el papel de los revolucionarios no consistiría en vender humo prometiendo una revolución para el día de mañana, sino en hablar claramente y sin ambages de las posibilidades reales de tal eventualidad.

*El abismo se repuebla* fue una síntesis de bastantes lecturas, discusiones, proyectos fallidos y análisis anteriores. En cierta medida, fue el n.º 16 de la revista *Encyclopédie des Nuisances* que nunca vio la luz como cuaderno. Paradójicamente, el periodo de la EdN que culmina con el libro fue un periodo activista. A decir verdad, la EdN había apostado siempre por el retorno de las luchas sociales en su forma habitual, confiando sucesivamente en las huelgas estudiantiles de 1986, en las luchas antiburocráticas de los países del Este, en los rebeldes de Tiananmén, en las revueltas de los suburbios sudafricanos, etc. A finales de los ochenta el pequeño grupo editor de la revista había establecido relaciones con diversos individuos y colectivos em-

peñados en luchas contra la nocividad. Las protestas contra las centrales nucleares (Nogent sur Seine), contra las presas en el Loira (Serre de la Fare), contra la contaminación de las plantas de reciclado de basuras (Salzuit), contra la construcción de autopistas (Saint Georges d'Aurac) y líneas ferroviarias de alta velocidad (Nantes), contra la destrucción de barrios populares (Belleville), contra Agropolis, una institución estatal para el fomento de la agroindustria (Montpellier), etc., inducían a esperar la formación de una fuerza social radical de nuevo cuño en relativamente poco tiempo. El combate contra la nocividad era el verdadero crisol del nuevo sujeto de la historia, el que fijaría en su programa de liquidación no la reapropiación de los medios de producción, sino la reapropiación de la vida. El trabajo teórico de los enciclopedistas, sin dejar del todo la estela situacionista, más bien aplicando el método de la I. S. en condiciones nuevas (por ejemplo, con un movimiento obrero domesticado y atemorizado), cristalizaba en una crítica anti-industrial. Dicha crítica implicaba, entre otras cosas, la crítica del ecologismo, principal ideología de la contestación parcial en ese momento, coartada de una especie de sindicalismo de la vida cotidiana en consonancia con la rehabilitación verde de la dominación. Los «ecolócratas» actuaban como intermediarios en la gestión de los desastres de

la demencia económica, ignorando las causas, es decir, como aliados del desarrollo productivo regulado por el Estado, una vez dispuesta la clase dirigente a integrar el coste de la nocividad (la «degradación del medio ambiente») en el precio del producto industrial. Una coordinación se impuso, y por consiguiente, unas bases claras de funcionamiento. El folleto *Mensaje a todos aquellos que no quieren administrar la nocividad sino sufrirla*, publicado en 1990, sirvió de plataforma teórica de la Alianza por la Lucha contra toda Nocividad, que intervenía en las protestas antiindustriales para hacer consciente el carácter históricamente determinado de la nocividad, fruto de una producción separada que afectaba a todos los aspectos de la vida. En un texto para el debate, de 1991 o 92, titulado «Contribución a la definición de una plataforma de acuerdos mínimos para la organización de una tendencia revolucionaria en la lucha contra la nocividad» se afirmaba con rotundidad que no había «problema natural o ecológico, sino solamente *cuestión social* que resurge universalmente en la crisis de la apropiación de la naturaleza por la sociedad existente. [...] La lucha contra la nocividad es el terreno en el que se plantea práctica e internacionalmente la *cuestión social*». De manera general, en ese terreno había «de apoyarse todo lo que favoreciera la apropiación directa por los individuos asociados, de

su propia actividad, empezando con su actividad *crítica* contra tal o cual aspecto de la producción de nocividad, y [había] de combatirse todo lo que contribuyera a desposeerles de los primeros momentos de su lucha y les sumergiera en la pasividad y el aislamiento». En definitiva, «el movimiento contra la nocividad triunfará como movimiento proletario, antiestatal y antieconómico, o no triunfará» (*ibidem*). La Alianza intentó estar presente en el mayor número posible de conflictos con el objeto de volverlos mejores o al menos de dar a conocer su posición. Publicó una declaración, algunas hojas volanderas, un folleto que logró una cierta difusión, la *Relación provisional de nuestros agravios contra el despotismo de la velocidad con motivo de la extensión de las líneas del TAV*, y tres números de un boletín.

La experiencia de la Alianza no tuvo los resultados esperados. Por encima de las diferencias personales que pudieron darse, la cuestión era que las luchas contra la nocividad, aunque ocasionaban grandes movilizaciones, eran demasiado débiles y estaban demasiado autolimitadas para que el antagonismo radical contra la dominación se hiciera consciente entre sus protagonistas, favoreciéndose en cambio todo tipo de vanas esperanzas,seudoliderazgos y manipulaciones. Además, la tesis de que en breve toda la población iba a verse obligada a combatir, bien a cuenta de otros o bien por

su cuenta, se iba a revelar demasiado optimista. La mayoría sencillamente rehuía el combate, no habíamos ya de enfrentarse al Estado; por consiguiente, el desmantelamiento de la producción de mercancías nunca llegó a plantearse seriamente en público. Jacques Philipponneau, en un texto interno dejaba constancia de que «pasados tres años desde las primeras discusiones [de la Alianza] es evidente que no quedan terrenos prácticos donde podamos ejercitar nuestras capacidades» («Notas sobre el estado de la unión», 15 de febrero de 1994). En paralelo, los motines desnortados de los jóvenes de las periferias urbanas daban pie a una reflexión alarmante sobre las consecuencias de las revueltas inconscientes de los «excluidos» del mercado, el «pueblo del abismo»: «al no lograr alinearse con un proyecto social universal de reapropiación del “mundo extraño” del espectáculo (sobre la base de la reapropiación de la producción), cayeron en la trampa de una apropiación inmediata y limitada sobre la base de los particularismos existentes mantenida y reproducida por la mercancía (separaciones jerárquicas, divisiones raciales, adscripciones étnicas y mafiosas, etc.)» («El pueblo del abismo», 28 de diciembre de 1993, texto de Jaime para uso interno que servirá de material para *El abismo se repuebla*).

La lectura de *El talon de hierro*, de Jack London, hizo replantearse el concepto de *abismo*. Ya que la

marcha del mundo hacia el derrumbe era ineluctable, y que para los dirigentes el problema no era otro que el de administrar la catástrofe o en el límite dejarla consumarse, el Estado podría sacar partido de los movimientos esporádicos y desesperados de las masas relegadas y amontonadas en las coronas metropolitanas como consecuencia de dicha catástrofe, justificando políticas de excepción típicas de los regímenes dictatoriales y fascistas. La supervivencia del sistema exigía un control de la población cada vez mayor, libre de las ataduras de los restos de la antigua legislación garantista. Así se consumaban los tiempos modernos. El pueblo del abismo, incapaz de organizarse para destruir el sistema, aunque sí para parasitarlo, podría ser el enemigo público mediático al que neutralizar con la implantación permanente de medidas de urgencia por una plutocracia cualquiera (por un «talon de hierro»). Por supuesto, dentro de ese brumoso enemigo cabrían los auténticos subversivos que bregaban contra la nocividad; de esta forma los revolucionarios, desgraciadamente aislados, quedarían expuestos a montajes para involucrarlos en conspiraciones truculentas y actos de terror. Con el fin de poner trabas a tales maniobras, la solución defendida en la EdN por Jaime fue la de expresar sus objetivos generales de la forma más nítida, sin diplomacias ni disimulos, a plena luz del día. Esa era

la tarea principal de las ediciones de la EdN, la forma menos complicada, y sobre todo más pública, de una corriente crítica, minoritaria pero tenaz, capaz de crear sus propios medios de existencia. El antiindustrialismo quedó reafirmado con la publicación de la *Relación del envenenamiento perpetrado en España y camuflado con el nombre de Síndrome del Aceite Tóxico*, de Jacques Philipponneau, *La Era del Sucedáneo*, de William Morris, *La vida en tierra*, de Baudoin de Bodinat, y *La sociedad industrial y su futuro*, de Theodore Kaczynski, al que los medios oficiales apodaban «Unabomber». Sin embargo, habría que «prepararse *al mismo tiempo* de forma completamente distinta para afrontar una situación nueva (*que bien puede ser un estado de excepción decretado a causa de una catástrofe mayor*), organizando desde ahora todo lo que necesitaremos en materia de relaciones, impresión, difusión, etc.» («El pueblo del abismo»).

Jaime desarrolló una teoría de la descomposición según la cual una revuelta ciega, sin pensamiento, conducía inexorablemente a un escenario mafioso y militarista. El caos jamás alumbraría una revolución: el Estado y su policía eran los primeros interesados en «su perpetuación controlada, útil para justificarse, pues les confiere la única función legítima a su alcance, la de evitar lo peor» (ibidem). Como corolario, añadía una crítica acerba, sin contemplaciones, a las algaradas de

la juventud de los suburbios, mera descomposición del lado negativo del sistema y espantajo para timoratos. Esta fue interesadamente malinterpretada por quienes esperaban a distancia el advenimiento de un sujeto revolucionario en los guetos suburbanos, que la tacharon de reaccionaria. Para Jaime, ni siquiera la calificación de suburbios era correcta, dado el carácter de «suburbio total» de las antiguas ciudades (Charbonneau), totalidad, por supuesto, troceada y reordenada jerárquicamente en pedazos. Su demolición de la retórica situizquierdista era ciertamente imperdonable a los ojos del experto en radicalidad ajena, pero Jaime no condenó jamás las revueltas, ni tampoco la rabia que mostraban, ni siquiera su nihilismo espontáneo incapaz de resolver el «problema», ya que la única solución posible, la destrucción de todo su entorno opresivo, requería la presencia de un movimiento revolucionario. La idealización del abismo no era de recibo, pues resultaba útil sólo para ocultar problemas reales, útil pues únicamente para la dominación.

Entre 1992 y 1995 fueron concebidos distintos proyectos como el «Panfleto contra los científicos», el panfleto contra la Biblioteca Nacional (sueño faraónico de Mitterrand), una especie de «Sociedad de la nocividad» compuesto exclusivamente por citas de la revista, un poco al estilo de Benjamin en *Personajes alemanes*, y

por supuesto, la continuación del segundo tomo de la EdN, para lo cual se confeccionó una lista de posibles artículos junto con sus respectivos contenidos. Solamente el n.º 16 alcanzó un esbozo bien razonado, que incluía la redacción provisional de dos artículos, «Abri-go» y «Abrial», este último en referencia a un burócrata oportunista, primero al servicio de Napoleón y luego al de la monarquía restaurada, como figura ilustrativa del renegado. En un texto preparatorio de 1994 donde por vez primera aparece una rúbrica con el título de «El abismo se repuebla», se decía: «Hay que dejar de albergar ilusiones sobre un movimiento social que no solo no existe, sino que tampoco hay condiciones para ello. Al contrario, falta proceso acumulativo, memoria, intentos de federación, desarrollo de una crítica unificada y coherente (e incluso rechazo a una crítica llegada desde “fuera”, a pesar de un acuerdo platónico), falta de adquisición de medios organizacionales, etc. Todo lo cual señala una victoria, más completa de lo que hubiéramos pensado, de la falsa conciencia anti-histórica». («Notas para un número 16 de la EdN», sin firma, pero indiscutiblemente obra de Jaime). La falsa conciencia se generaliza gracias al miedo. Las tareas que hay que plantear serían las siguientes: «Hemos de restaurar imperativamente entre nosotros mismos la capacidad de anticipación de los revolucionarios me-

jores en los periodos más sombríos, ver lo que deviene en lo que es, es decir, lo que se ha dado en llamar imaginación dialéctica [...] hay que preparar al máximo de gente, comenzando por nosotros, para plantar cara, al menos en términos de autodefensa. Cualquier otra “solución” implica abdicar de la razón: salto en la mística o repliegue hacia la intimidad» (*ibidem*). La incapacidad de los enciclopedistas en llevar a cabo una redacción colectiva dio la puntilla a la revista, pero todos estos desarrollos serán utilizados en el libro del abismo.

La actividad editorial se sirvió durante un tiempo del debate y la elaboración común de textos críticos, como demuestra el hecho de que *Observaciones sobre la parálisis de diciembre de 1995* fuesen firmadas por la EdN, como si de un colectivo formal se tratara. El libro exponía los cambios inducidos por la globalización y anunciaba el final de una desposesión confortable. En cuanto a la huelga general en sí, la convergencia de partida con las burocracias sindicales impedía la emergencia entre los proletarios de una conciencia de la situación real de la sociedad; las luchas que no apuntaban a fines superiores a los meramente defensivos dentro de una economía no criticada, se autoanulaban en sus limitaciones. Al no quedar nada mínimamente «reapropiable» en la producción desaparecía la perspectiva autogestionaria, y con ella, la capacidad de ofensiva de

los trabajadores. El movimiento de diciembre sentaba pues el fin de la clase obrera industrial como fuerza de transformación social, incapacitada para criticar la naturaleza de la actividad laboral incluso desde formas organizativas no sindicales, y forzada por el miedo a contemplar a distancia una huelga que otros hacían en su nombre «por poderes». La «clase» no era más que un mito, una abstracción ideológica sin relación alguna con la realidad, apropiada para marxólogos y arribistas retrasados que todavía soñaban con dirigirla. Las esperanzas recaían nuevamente en la lucha contra la nocividad y las *Observaciones* fueron reeditadas poco tiempo después, señal de un aumento de la audiencia de la EdN. A pesar de todo, la producción masiva y descontrolada de nocividad no había provocado la constitución de un movimiento social con la energía necesaria para contrarrestar el desastre al que abocaba el industrialismo. Bien al contrario, dicha fuerza de cambio radical no existía en ninguna parte. De todas formas, por débiles, mistificadas y parasitadas que fueran, tales luchas constituían el único terreno para un debate verdadero capaz de juzgar históricamente la sociedad dominada.

Las discusiones habidas en la preparación de la edición española de las *Observaciones* pusieron de relieve la formación de un «partido de diciembre» compuesto por los ejecutivos menores, funcionarios, em-

pleados públicos y demás asalariados, los perdedores en el devenir-mundo de la mercancía, las nuevas clases medias, defensoras de una vuelta al periodo capitalista anterior, al «estado del bienestar», forma de la supervivencia tranquila y administrada sin sobresaltos bajo un capitalismo nacional, a la sombra del cual dichas clases se habían desarrollado. El tema también fue planteado en la discusión de diciembre de 1996 en París del manifiesto de Kaczynski, feroz alegato contra la sociedad industrial y el sistema tecnológico que la hacía posible. Fue una de las últimas reuniones de trabajo del colectivo enciclopedista, extendido a la gente de la Alianza (ya disuelta como tal) y a individuos afines. Los asistentes tenían que responder además a dos grupos de preguntas formuladas por Jaime Semprun y Miguel Amorós en una hoja firmada el 30 de agosto de 1996, que resumían toda la problemática sobre la que pivotaba la crítica antiindustrial:

1. «Si se acepta igual que “Unabomber” que toda emancipación humana pasa hoy por la destrucción del sistema industrial, ¿qué pasará con el antiguo programa revolucionario, es decir, qué quedará de la crítica social “clásica” (de Marx a la I. S.), de las perspectivas de reapropiación que trazaba, de los medios prácticos que preconizaba, de los agentes históricos en los que confiaba, etc.? ¿Y qué es lo que hay que poner en tal

programa en lugar de los puntos en los que parece haber caducado?».

2. «¿Cuáles son los plazos razonablemente calculables del proceso de dislocación del sistema industrial, es decir, cómo va esta probablemente a desarrollarse, cuál será el papel del hundimiento catastrófico del propio sistema y cuáles serán sus efectos en la formación de una conciencia antiindustrial? ¿Cuáles serán las ocasiones que se presentarán de este modo para una auténtica secesión antiindustrial y cómo podría prepararse esta a partir de ahora?».

Las respuestas no dieron lugar a ningún manifiesto, pero Jaime aprovechó las ideas que le parecieron interesantes en la redacción de *El abismo se repuebla*. En primer lugar «la idea de que hay que deshacerse de la sociedad industrial para ir *en busca* de la naturaleza» ya que resumía bastante bien «el único programa con el que recomenzar nuevamente la historia humana» (respuesta de Jaime Semprun al cuestionario, 6 de diciembre de 1996). En el mismo escrito Jaime volvía a referirse a «la posibilidad de utilizar para la difusión de nuestra crítica los canales de la cultura anterior, en muy mal estado pero no destruidos completamente ni asimilados por el funcionamiento mediático [...] es una carta que hay que jugar, posiblemente la última que nos queda». El tema del uso de los medios de comunicación habituales se venía discutiendo desde el

principio de la Alianza, aunque Jaime, reacio a ellos, apuntaba más bien a la actividad editorial.

El concepto de «izquierdismo» sufrió una mutación. Inicialmente se entendía por izquierdista al miembro de un grupúsculo militante, sacrificial —maoísta, trotskista, ultragauche, anarquista etc.— que operaba desde la «izquierda» de la vanguardia histórica de la contrarrevolución, en unos lugares la socialdemocracia y en otros el partido estalinista. Era como la vanguardia de esa vanguardia, y jugaba un papel complementario allá donde las baladronadas de la izquierda oficial no convencían. Con la reestructuración capitalista y el progresivo desarraigo de las clases medias asalariadas, el izquierdismo adquirió una base social propia, radical de boquilla, pero enemiga de los procedimientos revolucionarios. Los intereses de clase forzaron un lenguaje nuevo, enteramente liberal, moralizante y lúdico a la vez, limpio de arcaísmos revolucionaristas. Así, el izquierdismo se hizo ecologista, feminista, ciudadanista, vaneiguemiano y foucaultiano. El nuevo izquierdista —o «progresista»— era para Kaczynski, por un lado, el individuo caracterizado por sentimientos de impotencia, derrotismo, culpabilidad, odio hacia sí mismo, etc. y por el otro, el individuo «supersocializado», es decir, condicionado al extremo por el código moral de la sociedad, repitiendo festivamente todos los tópicos de

la corrección política, usando un vocabulario democrataide, sin jamás cuestionar los fundamentos de la sociedad industrial, sino únicamente sus excesos. Jaime llegaba más lejos, pues lo definía como el militante de la posmodernidad, perfectamente apto para desenvolverse en una sociedad ajena al discurrir de la historia, es decir, una sociedad totalitaria, y modelo de conducta alienada para las nuevas generaciones de consumidores. La sociedad del espectáculo se había forjado una vanguardia a medida.

*El abismo se repuebla* se alimentaba asimismo de Orwell, cuyos ensayos completos publicaban conjuntamente la EdN y la editorial Ivrea, continuadora de las ediciones Gerard Lebovici, y también de Chesterton, Adorno, Brecht, Bernanos, Hannah Arendt, y de muchos otros, sin descontar obras de actualidad y lo que Hegel denominaba la oración matutina del hombre moderno, o sea, la lectura del periódico. Pero la originalidad del texto no solamente radicaba en el perfecto ensamblaje de ideas y conceptos de muy diverso origen, sino en el estilo, una malversación dialéctica del género literario —o un *detournement* como dirían los situacionistas— obra exclusiva del genio de Jaime. En un libro anterior, *Diálogos sobre la culminación de los tiempos modernos*, *detournement* de los *Diálogos de exilados*, de Bertold Brecht, dirá con ironía: «Hay quien verá en ello un

subterfugio literario y lo desaprobará, pero no importa. Es un procedimiento como otro cualquiera». La lectura en francés del abismo conmociona, pues la claridad de la exposición es deslumbrante sin dejar la contundencia a un lado; es como un proyectil perfectamente calibrado. Por desgracia, solamente se reproduce en parte la misma sensación con una traducción corriente al castellano. Se trata de una crítica social y a la vez de una obra literaria, cosa que acarrea dificultades añadidas. En verdad, hemos procurado la mayor exactitud en la traducción de los análisis tratando de evitar un empobrecimiento o, al menos, una relativa trivialización en los resultados, pero para conservar toda la ironía de los giros y los juegos de palabras habría que buscar paralelismos en la literatura española con Stendhal, Baudelaire, Breton o Proust, por mencionar solo a unos pocos autores discernibles, una tarea para la cual no estamos formados. La traducción, en consecuencia, ha buscado ante todo la precisión en las ideas y la mayor inteligibilidad posible, de forma que un escrito tan decisivo encuentre a sus lectores de hoy sin dificultades añadidas. Que la posteridad produzca a otros traductores mejor dotados que elaboren una versión del libro a la altura histórico-literaria del autor.

MIGUEL AMORÓS  
30 de agosto de 2016

«Tentacular y devoradora, desfigurada por la contaminación, la capital de la miseria absorbe ciudades enteras a medida que se extiende. ¿Es todavía administrable la mayor megalópolis del mundo? Hace ya mucho tiempo que el sueño industrial se ha tornado pesadilla. [...] Cientos de miles de sin techo viven en las calles, durmiendo donde pueden. Se matan entre ellos por un cuchitril cualquiera, por cualquier rincón bajo los nudos que forman las autopistas. [...] Sao Paulo no es una ciudad del tercer mundo. Desde muchos puntos de vista es incluso, con un crecimiento económico anual entre cuatro y seis por ciento, una ciudad excepcionalmente rica que concentra las principales rentas del país. [...] Según una encuesta oficial, "en el año 2000, el grupo social más importante será el formado por cuatro millones de adolescentes salidos de los barrios pobres, mal alfabetizados, subalimentados e inadaptados al mercado de trabajo"».

*Paris-Match*, 20 de febrero de 1997

## I

HABLAR DEL MUNDO ACTUAL como de un cadáver en descomposición no es un fácil recurso retórico. Es una imagen, pero una de las que ayudan a *imaginar con precisión*: reteniéndola en la mente, se distingue mejor lo que se tiene ante los ojos, y toda clase de fenómenos, incluso los que resultan bastante desconcertantes, se vuelven inteligibles. En el primer lugar figura el sentimiento universal de la inutilidad de cualquier tentativa de conocer de manera científica y detallada el funcionamiento de la sociedad mundial. A nadie le interesa saber cómo funciona esta exactamente, excepto a aquellos que cobran por elaborar simulaciones teóricas; de entrada, porque la sociedad ha dejado de funcionar. No es plausible la anatomía de una carroña cuando el estado de putrefacción difumina sus contornos y confunde sus órganos. Llegada la situación a ese punto, parece que haya cosas mejores que hacer como, por ejemplo, alejarse de ella en busca de una brizna de aire fresco para respirar y recobrar el sentido, o si no,

ya que la mayoría no tiene otra escapatoria, atrofiar la percepción del hedor de tal forma que al final todos se adapten a él, y hasta se diviertan y fascinen ante tanta, tan variada y tan cambiante descomposición, ante tanta fermentación inhabitual y ante tantos gorgoteos lúdicos hinchando con su exuberancia la carroña social. Exuberancia respecto a la cual, los restos esparcidos de vida real que han sobrevivido en las costumbres son de una estabilidad tan aburrida que hace falta ser un conservador y un reaccionario atemorizado por el cambio para osarla defender. Desde luego, no hay organismo vivo que resulte tan sorprendente, inédito y *laberíntico* como el que resulta, en un corto espacio de tiempo, de su putrefacción.

Además, la avanzadísima corrupción, mezclando y desfigurándolo todo, es responsable de que en las páginas de los periódicos salgan *collages* muy sugestivos, *cadáveres exquisitos*<sup>1</sup> alegóricos del final de una civilización. Así pues, al leer en un periódico que los dirigentes de la Ucrania chernobilizada completan la destrucción de la población autóctona vendiendo a unas multinacionales productoras de pesticidas el derecho a ensayar

---

1 «Cadavre exquis», juego surrealista inventado en 1925 consistente en que cada participante escriba su parte en una frase sin saber nada de lo que hayan escrito o vayan a escribir los demás (N. del t.).

en millones de hectáreas compuestos químicos todavía ilícitos en países menos experimentales, la columna vecina dice que un «investigador en materia de ecología», americano, se está planteando difundir por Internet un programa, concebido a su manera para proliferar y diversificarse en una población que presente comportamientos tales como parasitismo, cooperación e incluso determinada forma de reproducción sexual. Espera que esta experiencia, versión electrónica de la diversificación de las especies durante el Cámbrico, provoque el nacimiento de formas de vida inesperadas y ayude a penetrar en los *misterios de la evolución*. Otro día, dicha publicación informará de animales todavía vivos y salvajes con dispositivos electrónicos injertados «en nombre de la ciencia», pero en realidad, injertados para espiar lo que queda todavía por explotar de la naturaleza. Y justo en la misma página, unos californianos no menos duchos en electrónica confiesan estar «superenganchados», atrapados donde quiera que se encuentren por los medios de comunicación instantánea, sin percatarse de que todos los instantes de su vida son presa de la explotación económica.<sup>2</sup>

---

2 Cuando este texto fue escrito no existían los teléfonos móviles, ni las redes sociales, ni los *smartphones*, ni las tabletas... (N. del t.).

Asimismo, una buena mañana nos hablan de la poca credibilidad de las opiniones de Orwell, ya que este habría sido una especie de informador de los servicios secretos ingleses. El periódico francés que publicaba la noticia con el título de «Orwell como chivato anticomunista», alegremente la acompañaba con otra en la que informaba de que más de setecientos mil jóvenes habían tomado las calles de Berlín, «no para rehacer el mundo o decretar la insurrección», precisaba, sino «simplemente para bailar al son de la música tecno y divertirse a tope». En consecuencia, podíamos ver entrar en acción, simultáneamente, al Ministerio del Amor organizando bajo el nombre de Love Parade, unas bacanales electrificadas del embrutecimiento, y al Ministerio de la Verdad, el cual, gracias a unos archivos «desclasificados», nos ponía al corriente de que Orwell, el virtuoso enemigo del totalitarismo burocrático que hasta anteayer merecía ser honrado, no era sino un vulgar confidente.<sup>3</sup>

3 El Ministerio del Amor y el de la Verdad son dos de los cuatro ministerios de la sociedad totalitaria que George Orwell describió en su novela *1984*, inspirada en el régimen soviético. Su función consistía en fomentar sentimientos de amor hacia el «Gran Hermano» y reescribir constantemente la historia, adaptándola a las cambiantes necesidades del poder absoluto. La editorial Ivrea y las ediciones de la EdN, responsables de la edición, entonces en curso, de los ensayos, artículos y car-

Estas calumnias son «sintomáticas», empleando una palabra cara a Orwell, de algo que podemos resumir así: el sistema de libertades basadas en la lógica de la mercancía hoy día puede prescindir de cualquier justificación histórica, incluida la referencia a su antiguo contrapunto estalinista. El sistema descansa sobre aquello que los totalitarismos de este siglo completaron y se apoya en sus resultados con la misma tranquilidad con la que instalaba en Praga, durante la preparación de un concierto de Michael Jackson que prometía a los espectadores «entrar en la historia», la estatua gigante de este *hombre de silicona* en el mismo pedestal donde en el pasado se había erigido la estatua de Stalin. Apuntaba un semanario alemán, sin la menor voluntad de exagerar, a propósito de los setecientos mil zombis aglutinados por la Love Parade de Berlín: «La tecno es una música-máquina; el que la escucha (el “raver”), un hombre-máquina, un sistema nervioso en agitación, que se deja arrastrar por la música hasta que su cerebro alcance un sentimiento de felicidad en el que solo él cree. Los aficionados a la tecno son los verdaderos hijos de la unificación alemana». A esos, a todos los que *han salido de la historia* y viven en la

tas de Orwell, hicieron público un opúsculo titulado *George Orwell ante sus calumniadores. Algunas observaciones* (N. del t.).

superstición técnica (en una felicidad en la que solo ellos creen), no sirve para nada inculcarles que querer «rehacer el mundo» equivale inexorablemente a intentar instaurar una utopía totalitaria, tentativa abocada al caos y la violencia: en efecto, ellos mismos están preparados para amar un mundo que se deshace *por lo que es*, e incluso puede que lo amen en breve precisamente por volverse caótico y violento. Para estos individuos-átomos, modelados por el aislamiento sensorial de la sociedad industrial de masas, lo esencial es «vibrar» y no van a faltar organizadores que les suministren, además de la marcha, las señas de identidad colectivas substitutivas y las movilizaciones programadas donde se comporten de forma totalmente espontánea como actores. «Somos una única familia», así rezaba el eslogan de los convulsionarios de Berlín; sin embargo, no nos engañemos: tras este «signo de amor sobre la tierra» se perfilan la unanimidad obligatoria y el odio a la autonomía individual, al igual que en las «revueltas ciudadanas», cuyo generoso entusiasmo consiste sobre todo en adherirse a un consenso prefabricado.

En 1995, el editor inglés de *Rebelión en la granja*, con ocasión del cincuentenario de la obra, exhumó un prefacio descartado en su momento. Orwell describía en él las dificultades encontradas para publicar su libro, el rechazo de cuatro editores sucesivos, las presio-

nes del Ministerio de Información y, de manera más general, el clima de censura estalinófila que reinaba entre los intelectuales ingleses de la época. Pero también decía que la ortodoxia reinante podía cambiar y convertirse, por qué no, en «antiestalinista», sin que por ello fuese menos asfixiante para un pensamiento libre. Aunque todo el mundo repita la misma cantilena la cosa no ha de ser forzosamente agradable, por más que se esté de acuerdo con la letra: las mentes siguen estando reducidas al estado de «gramófonos». Esto es perfectamente aplicable a la unanimidad demócrata de los modernos, a su indignación teledirigida, a su manera de expresar, *todos juntos y por encargo*, la execración contra quienes fueron señalados como totalitarios, fanáticos, o incluso racistas, terroristas; en pocas palabras, locos peligrosos y hostiles a todo progreso. A los intelectuales franceses les gusta mofarse de lo «políticamente correcto» a la americana, demasiado rústico y simplón para sus gustos refinados. Practican una versión mejor adaptada a las convenciones culturales locales, más hipócrita pero igual de fiel a la esencia de la cosa, que es la de llevar a cabo una *disolución retroactiva de la historia*. En los Estados Unidos se hacen purgas en las bibliotecas públicas de ejemplares de las *Aventuras de Huckleberry Finn*, libro sospechoso para el antirracismo, puesto que en él sale

un negro (por cierto un esclavo huido) que habla como un negro y no como un universitario de color, militante a favor del multiculturalismo. En Francia no se trata exactamente de eso, pero en cambio un diccionario no puede recoger la acepción injuriosa de la palabra *judío* como sinónimo de avaro sin exponerse a la furia de los antirracistas. Y volviendo a Orwell, el mismo periodista que se hacía eco, en las columnas de *Le Monde*, de las calumnias vertidas en su contra, simultáneamente nos brindaba una respetuosa entrevista con Régis Debray, inventor de esa «mediología» que, como se sabe, degrada el concepto crítico de espectáculo tildándolo de idealista y poco científico (puesto que «el hombre necesita el espectáculo para acceder a la verdad»). El invento no parece contradecirse con un ojo avizor que periódicamente le lleva, en nombre del «carácter único de la Shoah», a etiquetar de negacionismo a todo aquel que ose considerar el exterminio de los judíos de Europa —convertido en una *reconfortante* singularidad al margen del resto de la historia contemporánea gracias a su nuevo nombre de Shoah— como algo que tal vez tenga una explicación, unas causas, una relación con la existencia del Estado y las clases o con la de la sociedad industrial.

La avalancha de falsificaciones-revelaciones que hoy día organiza la confusión reinante en torno a cual-

quier asunto, rápidamente anula la voluntad de restablecer los hechos en un punto cualquiera, pues para conseguir ese restablecimiento sería necesario que determinadas verdades históricas generales que forman el contexto de los hechos en cuestión tuviesen vigencia todavía. Ahora bien, aquellas verdades ya fueron desechadas hace tiempo, pero, sobre todo, se desechó, junto con el sentido histórico mismo, el interés por la verdad, que era su motor. Así, solo comprendiendo las buenas razones que tenía Orwell, pasada la guerra, para considerar al estalinismo como el *enemigo principal* (lo que exige no solo algunos conocimientos, sino también un cierto sentido de las luchas históricas), sabremos emitir un juicio sensato acerca de como este lo combatió. Pero, por supuesto, sería mucho más sencillo esperar a que alguien informara de la verdad histórica del momento, fijada por la apertura reciente de archivos. De este modo cualquiera podría enterarse de que el desdichado burócrata London,<sup>4</sup> personaje al que hasta hacía bien poco se le había prestado gran atención, antes de convertirse en un estalinista caído en desgracia, había sido un estalinista en el poder, es

4 Artur London, víctima del Proceso de Praga en 1952, autor de una *Confesión* muy popular en Europa, que dio pie a una película de éxito dirigida por Costa-Gavras (N. del t.).

decir, un policía. Y puesto que los archivos revelan tales evidencias, se ha de colegir que dicen la verdad sobre todo lo demás.

La abolición de la historia es una especie de horrible libertad para quienes son liberados efectivamente de todo deber respecto al pasado, así como de toda carga respecto al futuro: esta libertad, hecha de irresponsabilidad y de disponibilidad (a todo lo que la dominación quiera hacer con ellos) es adorada por los modernos como la niña de sus ojos, toda vez que confieron dócilmente a las pantallas la pérdida de la visión. Quien critique la vacuidad de dicha libertad —por ejemplo, recordando la existencia de la historia en forma de numerosos y terribles plazos que vencieron al finalizar el siglo— como si fuese la factura a pagar por el mal uso del mundo, será acusado de nostalgia fascistoide de una armonía pretécnica o de inclinación hacia el fundamentalismo religioso, o incluso de fanatismo apocalíptico. Los intelectuales se distinguen de la muchedumbre en que la abolición de la historia, que para aquella es solo un gran descanso, para ellos es más bien un *trabajo*: borrar las huellas de los conflictos reales y de las alternativas posibles que se han sucedido, reemplazarlas por los falsos antagonismos exigidos retroactivamente por la propaganda del momento (aquí podemos ver clara la contribución

del izquierdismo, precursor tanto de la reescritura del pasado, como de la fabricación de falsos combates para el presente, por lo demás, capaz de mostrar una valentía sin parangón a la hora de echar abajo lo que se derrumba por sí solo). Lo que los agentes intelectuales detestan en Orwell, tanto cuando lo elevan al rango de un moralista estilo Camus, de moda en una época, como cuando lo calumnian como ahora, es el hecho de que hubiera tomado partido, siempre de manera lúcida, en el conflicto entonces decisivo, puesto que su desenlace iba a determinar todas las posibilidades posteriores de la libertad, sin sacrificar a ninguna causa y a ninguna propaganda la propia libertad de juzgar la carga de ilusión y los puntos débiles presentes incluso en los mejores combates. Nunca se creyó mejor que los combates de su tiempo y supo participar en ellos para mejorarlos: por eso está necesariamente mal visto por los impotentes, los moralistas y los estetas, que son legión, especialmente entre los intelectuales.

## II

EN ESE MISMO PREFACIO, no publicado, de *Rebelión en la granja*, Orwell observa que la censura de la que habla no implica necesariamente una interdicción formal, y que la libertad es, entre otras cosas, la libertad de decir a la gente lo que no tiene ganas de escuchar. Con la variedad inaudita de informaciones desfilando ante ella, cabría suponerla dispuesta a escuchar cualquier cosa, tan indiferente al desagrado como al interés. Pero en seguida nos daríamos cuenta de que son muchas las cosas de las que no se quiere enterar y de que es bien capaz, cuando a pesar de todo estas llegan a sus oídos, de transformarlas en meras hipótesis a tomar en consideración entre muchas otras con el fin de inmunizarse contra la verdad, acostumbrando la mente a absorberla sin reaccionar. Un perfecto ejemplo de ello lo proporcionaba un informe de un programa de televisión que se servía de una «película de anticipación» para ponderar la acción de una multinacional del ecologismo, mostrando lo que sucedería «en el año 2000

y más» si ella no estuviera: «Eso es precisamente todo lo que el mundo teme. Más o menos identificamos el porvenir con esa avalancha de porquerías escupidas al cielo, con las sustancias verdosas que escapan por las cloacas, con los fangos nauseabundos, con el aire irrespirable y con las aguas turbias» (*Le Monde*, 9-10 de junio de 1996). Lo destacable en la circunstancia que nos ocupa es que las imágenes utilizadas eran las de catástrofes *que ya habían ocurrido*, con la idea de que el telespectador sacara la conclusión de que esa «degradación inexorable del medio ambiente» podría muy bien producirse *algún día* en el futuro.

También hablaba Orwell de «la intuición que, bien unos o bien otros, tenemos de una pérdida irremediable de humanidad en beneficio de una barbarie de nuevo cuño». Tras gozar de éxito entre los intelectuales y el mundo de los medios de comunicación, el término barbarie se aplicó a un guirigay de hechos y conductas que desmentía de forma contundente el ideal de pacificación social de la democracia basada en la mercancía. Pero ¿dónde está ese ideal, no digamos realizado, sino solamente presente, aunque solo fuera como ideal? Mejor dicho: ¿en qué lugar no ha hecho el ridículo más espantoso? Su versión local, la pobre «Unión Europea», ha de afanarse en controlar el flujo de tóxicos que la recorren de un lado a otro (al parecer

habría priones de las vacas hasta en las galletas para niños). Hablar de barbarie presupone una civilización que defender, y para sentar su existencia, nada mejor que la presencia de una barbarie a la que que combatir. La barbarie la tendríamos delante de la puerta, pero solo delante, detrás de ella conservaríamos, celosamente digitalizados en nuestros CD-ROM, los tesoros de la civilización: la Alhambra y la obra de Cézanne, la Comuna de París y la Anatomía de Vesalio.

Así como ciertas representaciones que aparecen en los sueños son el resultado del compromiso entre la percepción de una realidad física que tiende a interrumpir el sueño y el deseo de seguir durmiendo, así la idea de una civilización que defender, con tantos peligros al acecho como queramos, no deja de ser confortante: es el tipo de calmante que venden mensualmente los demócratas de *Le Monde Diplomatique*, por ejemplo. Las cosas que la gente no tiene ganas de escuchar, que no quiere ver aun cuando estén bien a la vista son entre otras las siguientes: primero, que todos los perfeccionamientos técnicos que han *simplificado la vida* hasta eliminar de ella casi todo lo realmente vivo fomentan algo que ya no es una civilización; segundo, que la barbarie surge, *como algo natural*, de esta vida simplificada, mecanizada y sin espíritu; y, tercero, que, de todos los resultados terribles de esta

experiencia de deshumanización a la que la gente se ha prestado de buen grado, el más aterrador de todos es el de su prole, ya que este es el que, en resumidas cuentas, ratifica todos los demás. Por ello, cuando el ciudadano-ecologista se atreve a plantear la cuestión que cree más molesta preguntando: «¿Qué mundo vamos a dejar a nuestros hijos?», en realidad está evitando plantear otra realmente inquietante: «¿A qué hijos vamos a dejar el mundo?».

Sin duda, ninguna sociedad ensalzó tanto a la juventud como modelo de comportamiento y de empleo de la vida, pero en la práctica nunca ninguna otra la trató tan mal. Chesterton había presentado en *La superstición del divorcio* que el sentido último de las teorías pedagógicas más avanzadas de la época —según las cuales el niño debía ser tenido como un individuo completo y plenamente autónomo— era el deseo de «que los niños no tuvieran infancia» (Hannah Arendt lo repitió, a su manera, mucho más tarde). La sociedad de masas, al deshacerse de la individualidad y, por consiguiente, del problema de su formación, se halla en condiciones de realizar ese programa y, dialécticamente, de completarlo con lo que se ha dado en llamar su «puerilismo», procurando que los adultos no maduren. Si los consumidores son tratados como niños, los niños pueden ser tratados plenamente como

consumidores («prescriptores», como saben todos los publicitarios, de una parte cada vez mayor de las compras de sus padres). Las almas cándidas, preocupadas por la «protección de la infancia», hablan poquísimo de las enfermedades y de las diversas patologías provocadas por el adiestramiento tan precoz orientado hacia el consumo dirigido y, rara vez, se preguntan cómo se explica el hecho de que los perversos y los sádicos, de los que con tanto interés protegen a sus hijos, abundan tanto justo en las sociedades más modernas, civilizadas y racionales.

Cuando decimos que la juventud nunca ha sido tan maltratada —y no solo en esos países lejanos cuya miseria todos compadecemos, sino aquí mismo, en las metrópolis de la abundancia—, los defensores de la sociedad actual contraatacan trayendo a colación el trabajo de los niños en el siglo XIX o bien los métodos de aprendizaje de antes de la guerra. Como todas las imágenes en forma de eslogan que sirven para justificar el progreso, esta última permite callar todo lo que el progreso ha aportado en realidad o limitarse a decir eso de que en caso contrario podría haber sido peor. Para el caso, la escolarización prolongada se considera un postulado de bienestar y una conquista a pesar de todos los hechos constatables y abrumadores en sentido contrario, el menor de los cuales sería el de que

los estudios llamados superiores, a los cuales se accede con facilidad gracias a los porcentajes de materias aprobadas en el bachillerato fijados administrativamente, no preparan para nada que merezca siquiera el nombre de oficio. Una escolarización como la de ahora no tiene por objeto obstaculizar el funcionamiento de una economía moderna, puesto que esta casi no crea más que puestos de trabajo neodoméstico, es decir los del sector «servicios», que abarcan desde el reparto de pizzas a la animación sociocultural. Y aunque así fuera, la maceración durante más o menos tiempo en la salsa turbia de la Educación Nacional de quienes ante todo serán «educados en la consola de juegos» carece de importancia, ya que, volviendo a los malos tratos, lo esencial es esto: estamos asistiendo al crecimiento de las primeras generaciones sujetas a la vida digitalizada sin que nada o casi nada de todo aquello que, en el ámbito de las costumbres, impedía hasta hace bien poco mimetizarse con ella, se interponga.

Sobre estos asuntos, a menudo lo mejor es escuchar a los fanáticos de la alienación, los cuales, a su manera, hablan como expertos. Uno de ellos, que había guardado de su pasado marxista cierto soniquete de delectación al hablar de los horrores que están derrumbando al «viejo mundo», glosa acerca de la «vasta y tenebrosa conspiración que, finalmente, escapa a la

observación del adulto, que ya no se preocupa de hacerse adulto —adolescencia sin fin y sin finalidad» (apréciese la modernísima manera de presentar una forma de imposición y de miseria —la privación de cualquier medio de hacerse adulto— como si fuera una elección y una emancipación): «Existe, por otra parte, una extraña coincidencia entre ese estado infantil anterior al principio de realidad y el universo de la realidad virtual, el estado posterior al principio de realidad, en el que lo real y lo virtual se confunden. Esto explica además la afinidad espontánea de toda una generación con las nuevas tecnologías de lo virtual. El niño tiene para sí el privilegio de la instantaneidad. La música, la electrónica, la droga, son cosas que no le dan miedo. Por lo que se refiere al tiempo real, va por supuesto por delante del adulto, al que contempla como a un retrasado, de la misma manera que, en el terreno de los valores morales, lo ve como un fósil» (Jean Baudrillard, «El continente negro de la infancia», *Libération*, 16 de octubre de 1995).

Sin duda, la mayoría de los adultos se agobia al no poder seguir el curso rápido de las cosas. Los mayores sienten admiración y algo de vergüenza ante sus vástagos, pues estos actúan con mucha más desenvoltura con la mutación electrónica y la vida instantánea, siendo para aquellos modelos de adaptación y sabiduría

oportunista. Los adultos no tienen nada que enseñarles, más bien han de aprender de ellos, pues ahora son preceptores de modernidad. Los envidian por desembarazarse de los antiguos reflejos civilizados de la moral o del gusto, un engorro considerable que siempre impidió gozar sin restricciones el presente. Así pues, todo sería para mejor en un mundo feliz virtual, si la exitosa adaptación de los hijos a cualquier técnica de simulación no tuviera como contrapartida, en la realidad no virtual, una espantosa falta de capacidad para salir del universo artificial de las sensaciones automatizadas, a no ser a través del delirio o de la violencia brutal. Cuando esa clase de niños presenta precozmente los síntomas patológicos propios del «universo mediático adulto», se recurre a los psicofármacos: «Se trata sobre todo de niños que muestran una hiperactividad motora, una inquietud estéril, una actividad incoherente y desordenada. Sufren también una gran fragilidad emocional, impulsividad, incapacidad para aplazar un placer, indiferencia hacia las consignas e instrucciones, falta de control y autoinhibición» («Un medicamento para los niños “hiperactivos” suscita una controversia», *Le Monde*, 15 de septiembre de 1995).

Un imbécil supermoderno probablemente atribuiría la confección de un cuadro clínico de tales características a la psiquiatría represiva, argumentando

que hay que saber reconocer en las pulsiones desordenadas la eclosión de la creatividad infantil, etc. Nos veríamos en la tentación de responder a tales complacencias que nada verdaderamente humano se ha hecho en la historia, incluso a escala individual, si no se ha sabido «posponer un placer» (es decir, elaborarlo, socializarlo, *civilizarlo*, conjuntamente); pero no es momento de hacer filosofía de la historia, por lo que simplemente subrayaremos la contradicción mortal de la sociedad de la mercancía que toca a su fin, a saber, el hecho de que esta no deje de estimular pulsiones que luego ha de reprimir para crear una apariencia de orden, pero que, si las reprime, las vuelve todavía más violentas. De este modo, la humanidad continúa *degenerando al endurecerse*, mientras los charlatanes tratan de pegárnosla con el deseo, la imaginación, la sensibilidad y todo lo demás, como si tales facultades del alma permanecieran inalteradas y siempre activas, no deterioradas o mutiladas. El progresismo más libertario ya puede disfrutar plenamente de su compenetración íntima con el espíritu del tiempo, con sus falsos entusiasmos («Un nuevo estilo está a punto de nacer...», «Una mutación comienza ante nuestros ojos...») y con sus sórdidas ambiciones: «¿Permitirá la sofisticación de las técnicas audiovisuales a un gran número de estudiantes asimilar, cada uno por su cuenta, los cono-

cimientos que antiguamente repetían en clase con el fin de retenerlos en la memoria (ortografía, gramática elemental, vocabulario, fórmulas químicas, teoremas, solfeo, declinaciones...)?». Incluso: «¿no se podría evaluar mediante juegos, el grado de asimilación y de comprensión de los alumnos?» (Raoul Vaneigem, *Aviso a escolares y estudiantes*, 1995). Los comerciantes de productos innovadores en el ámbito «paraescolar», por supuesto, no se quedan atrás en el ludismo y la confianza en las nuevas tecnologías: «Esto va a funcionar, pues los padres han comprendido que sus hijos viven el multimedia educativo como un juego». (*Le Monde*, 15-16 de octubre de 1995).

La inmersión precoz en el mundo ficticio organizado por las «nuevas tecnologías de lo virtual» constituye con seguridad una forma de educación, pero educación ¿para qué? La respuesta podemos deducirla verosímelmente de sus principales características. Es un mundo de sensaciones rápidas y violentas donde *estamos solos* y nos sentimos todopoderosos. Por eso y por el hábito creado presenta similitudes con el mundo de la droga. El espacio y el tiempo de la vida ordinaria quedan como suspendidos, sustituidos por la instantaneidad de la transmisión a través de la pantalla y de la red mundial: es un mundo de ficción que entra en la esfera del juego, salvo que no se opone a la

vida corriente como libertad superior, aunque pasajera y limitada, sino más bien como servidumbre más completa, es decir, que se opone como si se tratase de una prueba para verificar la capacidad de adaptación al medio puramente artificial y tecnificado que en breve será el de todos. Por otra parte, este mismo detalle, desde el comienzo, militar por supuesto, está presente en dicha realidad virtual: simuladores de vuelo, etc. En otros aspectos, tal mundo recuerda al mundo de los sueños, pero en ese caso los deseos de sumisión son los únicos que se prestan a ser descifrados. Es, ante todo, un mundo donde el tiempo es reversible y el pasado siempre se puede borrar, donde, por consiguiente, reina la indiferencia hacia la verdad y la mentira, hacia lo real y lo ficticio, al igual que hacia toda noción de bien y de mal: en esto, sin duda, es todavía más *formador*. No es que haya de inculcarse la indiferencia susodicha a unos cerebros reacios; al contrario, estos están suficientemente preparados por todo lo que han aprendido hasta hoy; la nueva maquinaria no hace más que equipar, y, al hacerlo, vuelve irreversible lo que impusieron en nuestros hábitos las máquinas anteriores, encargadas de facilitarnos la vida pero no de ocupar su lugar. Pero, en fin, la pérdida de conciencia era entonces incompleta y la experiencia de creación de un hombre totalitario o «posthistórico» tenía

que ser llevada más lejos «para entrar en el tercer milenio», dando ese «salto mítico en el tiempo» al que nos invita el milenarismo de Estado.

Con el fin de acabar con el menor rastro de noción verídica sobre el estado real y miserable en el que se encuentra la juventud, existe una censura consensuada que reúne a: 1) los mercaderes, sus diversos propagandistas y todos a quienes corrompen al hacerlos partícipes de sus beneficios: los jóvenes sirven de ejemplo al resto de la población por ser los más maleables y manipulables de entre los consumidores, los mejor adaptados al mundo de las fruslerías, y porque jamás han conocido ninguna otra cosa; 2) los padres, que no han hecho más que transmitir a sus hijos su propia aceptación de la felicidad de mercado y que ven como esta se les vuelve en contra, agravada por todas sus consecuencias patológicas, en forma de mutantes que les consideran «fósiles» y «retrasados»: la censura funciona en el caso de los padres en el sentido casi psicoanalítico del término, puesto que todo el fracaso de su vida queda resumido justamente allá donde creían, imaginando una intimidad familiar feliz, haber preservado una raquílica parte de éxito; 3) los exizquierdistas de todo tipo que, aunque no actúen por los mismos motivos mencionados, guardan toda clase de afinidad con la modernización y multiplican su en-

tusiasmo futurista por miedo a pasar por anticuados, retrógrados o quizás cripto-vichystas.

Pues, si tanta gente se deja arrastrar por esa ortodoxia juvenilista —gente que, por haber conocido muchas cosas reales antes de que se liquidasen o de que se traficase con ellas, debiera ser capaz de juzgar la marcha hacia la descomposición, a sus campeones y a sus jóvenes seguidores— es porque en el fondo está de acuerdo con el desprecio que le profesan los mercaderes y los administradores de la falsificación, desprecio que descansa en un sencillo cálculo: de aquí a veinte años, los que conocían la vida *de antes* ya habrán muerto y los que para entonces sean jóvenes o adultos no habrán conocido nada que les sirva de referencia para juzgar los sucedáneos impuestos a todos los niveles. Antaño se podía decir que lo que caracterizaba una generación era una experiencia histórica singular, por ejemplo, el recuerdo del mundo de antes de la Segunda Guerra Mundial. Hoy, cada generación —o media generación, o cuarto de generación, el ciclo de reposición de las cosas es en lo sucesivo más corto que el de la reposición del material humano— está marcada por un momento del consumo, por una fase de la técnica, por modas cretinizantes y universales: más que de cualquier otra cosa se es contemporáneo de ciertos productos de la industria y solo mediante

la evocación de los recuerdos de telespectador se reconocerá la juventud común con la de los demás. La última generación, en el sentido propiamente histórico, agrupa así a todos aquellos que, habiendo sido testigos en su juventud del giro brusco del mundo hacia la falsificación —en Francia en los años sesenta y comienzos de los setenta— prefirieron adaptarse y la mayoría incluso apuntarse a ella con entusiasmo. Dado que, a pesar de todo, conocieron algo que cobardemente quieren olvidar, y por eso han de cerrar los ojos ante el envite histórico de esta época decisiva, no les queda otra que mostrarse especialmente vindicativos en la amnesia, la identificación con la modernización y el odio a la crítica.

## III

REMEMORANDO A FARGUE, BERNANOS escribía: «estamos en el umbral de este mundo, la puerta aún no se ha cerrado detrás de nosotros». A quienes vivieron cuando «la gruesa puerta giraba sobre sus goznes» y presintieron la próxima inmersión dentro del mundo esterilizado de la simplificación técnica, probablemente les costaría imaginar una representación exacta del envilecimiento de las mentes que dicha inmersión iba a provocar. Sin embargo, hubo algunos que señalaron ciertos rasgos esenciales, como, por ejemplo, el citado Bernanos, o Lewis Mumford, en el capítulo sobre «el hombre posthistórico» de su libro *Las transformaciones del hombre*, o incluso Adorno, apuntando que la tecnificación erosionaba el «núcleo de experiencia» de los comportamientos preutilitarios, es decir, la propia base de la capacidad de juzgarla: «No se hace justicia al hombre moderno si no se es consciente de todos los daños que no paran de causarle, hasta en sus inervaciones más profundas, las cosas que le rodean... En

los movimientos que las máquinas exigen a quienes las hacen funcionar ya está presente la brusquedad, la insistencia a golpes y la violencia que caracterizan las brutalidades fascistas». Estas observaciones sobre la propagación de la brutalidad debida a las exigencias de la vida mecanizada llevaban lejos y mira por dónde *hemos llegado ya* a ese lejos. Hace quince años otro testigo verídico se percató en una ciudad italiana devastada por el automovilismo de lo siguiente: «Nada transmite mejor el sentimiento del medio criminológico y del desierto del alma que ese amontonamiento de envolturas metálicas habitadas por muecas humanas, por condenados al suplicio, en el que se ha convertido lo que llamaban *calle*. Cada coche es un proyectil que ha sido disparado, por tanto, es una guerra permanente, estúpida, sin finalidad».<sup>5</sup>

Hablar de guerra no es ninguna exageración, si nos paramos a pensar en los millones de muertos causados por la circulación de automóviles y en toda clase de males que la acompañan: ciudades y zonas rurales trituradas, paisajes arrasados, etc. Esta guerra ha conformado un tipo humano particularmente representativo que con solo mirarlo se comprende el significado de la expresión *hombre totalitario*. Ejemplo de aquello

---

5 Guido Ceronetti (N. del t.).

en lo que se convierte el ser humano bajo la acción de las restricciones organizativas de la sociedad industrial, el automovilista continúa siéndolo cuando pone todo su empeño de ser civilizado en hacer de *lubrificante de la técnica* de la mejor manera posible, circulando cívicamente, incluso ecológicamente si es que posee un coche «limpio», por el desierto transitable que le prepararon: en cualquier caso, sigue siendo el *atropellador* que el proyectil que conduce le ordena ser. Y cuando, tras sufrir tantas minuciosas vejaciones como lógica contrapartida de su participación en la poderosa fuerza anónima que le atropella tanto a él como a los demás, ese ser halla mayores estímulos afirmando directamente su humanidad degenerada y liberando su violencia interior según el modelo de las imágenes cinematográficas admiradas por la multitud, entonces demuestra qué vano es querer distinguir, tratándose del hombre totalitario, entre el funcionario lleno de celo que «ejecuta las órdenes» y el animal sádico que se supera en crueldad.<sup>6</sup> Uno es la horrible venganza del otro en su propia cobardía; precisamente, la alianza entre la sumisión y la falta de clemencia, entre el conformismo y la irresponsabilidad, es lo que define a la mentalidad totalitaria. Por otra parte, también ve-

---

6 Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén* (N. del t.).

mos en el automovilista al prototipo del *internauta*, el hombre todavía más degradado que ha renunciado al mundo sensible en favor de una circulación reducida a las señales y que ni siquiera necesita desplazarse físicamente. ¿No circula ahora el automovilista, en lo esencial, por un paisaje de informaciones (logísticas, comerciales, turísticas, culturales)? ¿Y no aprende a *surfear* por la información leyendo en los bordes de la carretera anuncios del tipo de «La mercancía más preciada es usted», mientras escucha por la radio que, tras cincuenta años de guerra química contra la vida terrestre, la espermatogénesis media del consumidor medio ha descendido a la mitad?

Combatiente de la libertad de circular aprisionado en su envoltura metálica, el automovilista está pues en primera línea de la lucha continua, extenuante, por una vida libre de esfuerzo. Es una lucha que en todas partes causa furor: en realidad, no hay más furor que ese. «Lo peor son las máquinas empacadoras que, literalmente, se tragan al accidentado», leemos en un periódico a propósito de los nuevos accidentes de trabajo en la agricultura industrial. Después de haberse tragado los setos, los caminos, las haciendas, los pueblos, los saberes, toda la realidad tangible del campo y, por tanto, toda realidad tangible e inteligible, la mecanización se traga al trabajador estresado que an-

tes fue campesino. La fagocitosis de la humanidad por el caparazón técnico que tenía que protegerla de los infortunios del mundo natural rememora la antigua Quimera que pusimos nosotros en el frontispicio del primer tomo de la *Encyclopédie des Nuisances*. Sin embargo, esta visión donde, con todo, víctima y verdugo son todavía distintos, queda superada en horror por la idea de que la maraña entre el hombre y sus prótesis mecánicas, en provecho de las cuales aquel renunció a sus facultades, ha llegado a tal nivel de indisolubilidad que la restauración integral de las mismas sería imposible. Imaginemos tal eventualidad simplemente pensando en el destino del sentido del oído bajo la influencia de la música de masas, música que ofrece un paroxismo liberador a base de choques auditivos más fuertes que los del ruido industrial, una liberación que se concede solo para frustrarla acto seguido.

Todas las torturas, todos los tormentos infligidos por el trabajo industrial, se condensan y vuelven más duras en sus productos, esos objetos tan banales que uno ni siquiera distingue, pero que, cargados de malignidad, la difunden por los órganos de sus usuarios, endureciendo su corazón y su carne. Obreras de veinte años, auténticas condenadas a galeras en un «polígono industrial» instalado en una isla de Singapur («con sus verjas altas, sus trincheras y sus cámaras de

vigilancia»), pierden la vista en dos o tres años fabricando mandos a distancia; lejos de allí, ignorando la existencia de esos ojos apagados, manipulando distraídamente el estuche cerrado a estos sufrimientos desconocidos, otros esclavos se afanan en consumir su propia mirada ante las telepantallas, mientras que a su alrededor la luz se extingue y cae la noche de la razón. Así, partiendo de cada objeto técnico, se propagan males que la medicina científica a veces accede a reconocer y clasificar como patologías; se nos hace saber que el uso de un teléfono móvil probablemente tenga algo que ver con la posibilidad de desarrollar la enfermedad de Alzheimer, que el horno microondas no afecta solo a la calidad de los alimentos o que las botellas de plástico liberan subrepticamente sustancias nocivas todavía pendientes de analizar. En cada caso concreto, una humanidad sana hubiera juzgado *estéticamente* el asunto y rechazado con horror sus engañosas ventajas, consciente de que con eso se perdería el ritmo propio de la vida terrestre, sin el que nada bueno puede ocurrir. Parece ser que ciertos salvajes de Nueva Guinea se comían el cerebro de los muertos con el mismo resultado, pero los expertos no se dieron de bruces con el misterio de las «enfermedades causadas por priones» hasta que a los civilizados se les ocurrió alimentar las vacas con carcasas de corderos trituradas

e inyectar hipófisis de cadáveres a los niños.<sup>7</sup> ¿Dónde reside el misterio? Es muy sencillo de explicar: hay que comprender que nada se hace sin consecuencias, que no se puede infundir la muerte en la vida impunemente y que allí donde se ha perdido el sentido de la medida, surge uno nuevo, mediante un sistema exacto de contrapartidas y correctivos *ojo por ojo*.

Cada vez con mayor frecuencia, la dominación se dirige a sus súbditos con una franqueza brutal, igual que haría con aquellos que, por estar ya *pringados*, no pudieran volverse atrás; pero es como si se dirigiera a niños y con el tono chistoso de, por ejemplo, la publicidad de una bebida vitaminada donde salía una especie de masacre de naranjas inspirada en las películas de terror del tipo «matanza de Texas» que concluía con una verdad: «¡Ustedes beben, luego son cómplices!».<sup>8</sup> En realidad, ¿quién, de alguna forma, no está *pillado* y quién, en un momento u otro, de forma pasajera,

---

7 La enfermedad de Creutzfeldt-Jakob en humanos y la encefalopatía espongiiforme bovina o «mal de las vacas locas», causadas por priones, proteínas formadoras de agregados macromoleculares aberrantes que dañan al cerebro (N. del t.).

8 Verdad elevada al rango filosófico por Foucault: no hay de un lado unos pocos y en frente muchos; todo el mundo está inserto en relaciones de poder, luego todos colaboran (N. del t.).

pero no sin efectos duraderos, no ha sido *poseído* por el poder bárbaro de la técnica, no ha sufrido la tentación, por ejemplo, al volante de su coche, de aplastar a los peatones que le estorbaban en su trayecto? Todos los aparatos eléctricos que usamos sin darnos cuenta nos acostumbran a la frialdad funcional que un día nos atraparé en los hospitales; bastará con apretar un botón para obtener de inmediato una satisfacción sin esfuerzo, mostrándonos impaciencia ante cualquier cosa que no tenga resultado inmediato, automático; perdemos el tacto en el manejo de las cosas, igual que pasa en las relaciones con nuestros semejantes, y la brutalidad utilitaria que va en aumento se hace pasar por emancipación, por el acceso a una independencia liberada de convenciones, etc.

En cuanto al devenir de la lengua común en tales condiciones, no hace falta insistir, puesto que hace mucho tiempo quedó establecido que «toda degradación individual o nacional se revela en el acto a través de una degradación rigurosamente proporcional en la lengua», cosa que podemos verificar cada día escuchando a nuestros contemporáneos.

## IV

LOS BÁRBAROS NO VIENEN, pues, de una lejana y arcaica periferia de la abundancia mercantil, sino de su mismo centro. Todo aquel que conserve algo intacta la sensibilidad reduciendo todo lo posible la relación con las técnicas de la vida alienada se convencerá de ello con solo relacionarse un instante con quienes fueron formados y deformados desde la infancia por el aparato de la pauperización, ya que se encuentran tan lejos de la naturaleza como de la razón, característica que hace reconocible la barbarie. Estos lisiados de la percepción, mutilados por las máquinas del consumo, inválidos de la guerra comercial, lucen sus estigmas como condecoraciones, su enfermedad, como uniforme, y su insensibilidad, como bandera. Así, de ciertos adolescentes de catorce o quince años que se desplazan en pandillas por el metro parisino emana algo parecido a lo que antaño concretamente desprendía la virilidad cuartelera (militares, deportistas, militantes de movimientos totalitarios): nos referimos a

un fuerte perfume a linchamiento. Curtidos en el contacto con su entorno técnico, acostumbrados a recibir *órdenes* constantemente de él, los que han crecido bajo los golpes y los impactos de las «sensaciones fuertes» producidas industrialmente se apresuran en hacer gala de una dureza aún peor, propia de personas sin escrúpulos, de acuerdo con el modelo de los héroes de nuestro tiempo, los más duros entre los duros, a saber, los señores de la guerra económica, indistintamente policías o gánsteres, ejecutivos de empresa o los jefes mafiosos. Contemplando a estos militantes del totalitarismo mercantil y de su dinamismo sin finalidad, nos viene a la memoria lo que decía Chesterton del eslogan nietzscheano «Sed duros», que, en realidad, significaba «Sed muertos».

Tal vez alguien se extrañe de tales palabras y las encuentre muy exageradas, ya que existe una censura casi total sobre el asunto; por censura no entendemos que los hechos se oculten o se nieguen, sino que, una vez admitidos, se retoquen siempre para adaptarlos a interpretaciones tranquilizadoras y, por último, edulcorarlos para que pierdan todo significado. De modo que se podrá objetar que la brutalidad de los comportamientos juveniles no sea más que una nueva forma del viejo conflicto generacional apenas más agudizada o, incluso, que muchas veces se trate de la expresión

de un odio de clase poco consciente de sus motivos, que los hay, y buenos, en el no menos viejo conflicto entre pobres y ricos. La primera objeción es la más débil: el que hubiera un conflicto generacional supondría que hubiera generaciones, cosa que desmiente la igualdad de experiencias y comportamientos. Aún ayer, la sociedad de masas dominada por aparatos burocráticos toleraba en la juventud un alejamiento relativo de la norma, más bien como período de prueba para seleccionar a los oportunistas más dotados. Hoy, en cambio, ese resto de sórdida sabiduría burguesa («Todos hemos sido jóvenes alguna vez»)<sup>9</sup> se ha desvanecido, junto con la conciencia del tránsito de una vida que la burguesía a su manera conservaba: a cualquier edad, cualquiera ha de ser capaz de cumplir con las exigencias de la demanda social respecto a la creativa participación en el dinamismo de la economía, teniendo en cuenta la gran cantidad de ocasiones que se presentan y los pelotazos que se pueden dar. Ante dichas exigencias, ninguna clase de individualidad podría subsistir, ni tampoco cronología individual alguna: un niño hablará como un anciano sentencioso sobre los ingresos de sus padres y sus relaciones conyugales; un

---

9 «Il faut bien que jeunesse se passe». Dicho antiguo, registrado a principios del siglo XIX (N. del t.).

anciano se divertirá como un niño con sus juguetitos electrónicos. Y lo que llaman «tercera edad», vistas la vestimenta usada y el empleo del tiempo, en realidad se presenta como acceso a una juventud por fin completa, o sea, a un tiempo libre indistintamente esclavizado por todos los productos de la industria del ocio.

La segunda objeción merece una discusión un poco más larga, pues, aunque la juventud, atiborrada por todas partes con las mismas imágenes y auténticamente fanática del mimetismo, esté sorprendentemente masificada, sea homogénea y *conformista*, también es verdad que entre los más pobres se dan comportamientos emparentados con el antiguo ilegalismo de las clases peligrosas. Pero el hecho de que sean delictivos según la ley no implica sin embargo que sus gestas sean subversivas: son salvajes en el sentido del capitalismo salvaje más que en el sentido de la huelga salvaje. Habrá izquierdistas que crean que desde hace veinte años o más se ha mantenido una especie de esencia revolucionaria de la juventud proletaria, siempre tan espontáneamente subversiva y siempre a punto de autoorganizarse para transformar la sociedad. En realidad ya nadie quiere, sobre todo entre los pobres, asumir la menor responsabilidad en la marcha catastrófica del mundo. Cada cual, rico o pobre, quiere *ir por el atajo* para participar en los mismos placeres, re-

conocidos por todos como tales; la única diferencia es que este atajo es necesariamente más violento para los pobres. La escisión de la sociedad en torno a la idea de felicidad, a la idea de una vida deseable, que comenzó a producirse en 1968, no ha tenido continuidad, desapareciendo bajo un montón de publicidad en favor de la «liberación de las costumbres». Y, ante cada saqueo o pillaje, nadie puede limitarse a repetir, como si tal cosa, el análisis de los motines de Watts publicado por los situacionistas en 1966 («El declive y la caída de la economía espectacular-mercantil»), análisis según el cual, al desear *en el acto* todos los objetos de las vitrinas y tomar al pie de la letra la propaganda comercial, los saqueadores inauguraban la crítica de esa misma economía, preparándose para dominar la abundancia material y para redefinir todas sus orientaciones. O, mejor dicho, si se puede repetir el análisis sin más (tal como ha hecho, por ejemplo, con un lirismo decrepito y una retórica deslavazada, el Grupo Surrealista de Chicago<sup>10</sup>

10 Grupo impulsado por Penelope y Franklin Roosevelt (ya fallecido) a raíz de una estancia París en 1965-6, en la que frecuentaron asiduamente a Breton y el grupo surrealista. El texto aludido se titula «Tres días que estremecieron al Nuevo Orden Mundial. La rebelión de Los Ángeles de 1992», y forma parte de la antología de textos del grupo que publicó Pepitas en 2008.

sobre los motines de 1992 en Los Ángeles), pero a costa de lo que constituía su núcleo racional e histórico: la hipótesis de que esos motines, que reencontraban mediante el pillaje y el *pillatch* de la destrucción el valor de uso de las mercancías, fuesen de alguna utilidad a los amotinados, a saber, algo que les permitiera encontrarse en el camino de la protesta contra el modo de vida americano, «con aquellos que buscan lo que no está en el mercado, lo que el mercado precisamente elimina». Ahora bien, el largo trecho que hay que recorrer por este camino, se ha hecho todavía más largo, o, mejor dicho, el camino parece haber sido borrado por los muñidores de la desolación. «La juventud sin porvenir mercantil de Watts», que había «elegido otra *calidad* de presente», se inclinó hacia las drogas para dar intensidad a un presente vacío y, de paso, traficando, se encontró con el mercado. Por consiguiente, es imposible hablar, sin impostura, en términos de *clases*, cuando son los *individuos* los que han desaparecido, es decir, que ahora cada quisque, y en particular los individuos más necesitados, se limita a adoptar alguna de las identidades preelaboradas disponibles en el mercado, a fin de poder ser instantáneamente todo lo que esta personalidad prestada le permite y le impone ser. El único lujo que se puede dar consiste en circular rápido por cada una de esas representaciones, cambiar-

las a menudo; la droga surge entonces como la esencia espiritualizada de esa instantaneidad del acceso al ser, reducido al choque, al «flash» del puro cambio.

En el artículo de la Internacional Situacionista sobre los motines de Watts se mencionaba, lúcidamente, tras la alusión a una posible unificación revolucionaria en torno a la revuelta negra como revuelta contra la mercancía, que «la otra opción de la alternativa presente, cuando la resignación ya no puede durar», era «una serie de exterminios recíprocos». Desgraciadamente, prevaleció la segunda opción de la alternativa, y no solo en Los Ángeles. No hay objeción sentimental que valga contra eso. A propósito, hay más verdad en determinadas cifras que en los sofismasseudodialécticos, ingeniosos tanto en exagerar la importancia de los hechos cuando estos concuerdan con las creencias, como en negarlos como simples apariencias cuando no lo hacen. Véase lo que dice una de tantas estadísticas recientes sobre la delincuencia en los Estados Unidos: el homicidio es la segunda causa de mortalidad entre los americanos con edades entre 15 y 24 años y la tercera entre los niños entre 5 y 14 años; la edad media de los detenidos por asesinato ha pasado de 32 años en 1965 a 27 años hoy; los asesinatos cometidos por bandas de jóvenes se han más que cuadruplicado entre 1980 y 1993. Completando el cuadro, la tasa de suicidio entre

los jóvenes se ha triplicado desde los años cincuenta. El remedio propuesto por unos alarmados comentaristas consistiría en «reconstruir la familia americana, asegurarse de que nuestros hijos comprendan el valor de la vida, la suya y la de otros». Es un poco tarde para eso, pues todo lo que daba valor a la vida se echó a perder, como la familia, americana u otra, y ya es tarde para vislumbrar la menor emancipación o progreso en una desintegración de la célula familiar que entrega los átomos individuales a la brutalidad de una vida asolada, a la competencia desesperada con quienes no pertenecen a nada y nada les pertenece. (Per-catémonos de que en estas condiciones los vínculos familiares solamente sobreviven si se ponen al servicio del mercado y adoptan el modelo económico de la «pequeña empresa dinámica»).

Un sociólogo interesado en la integración y la educación humanitaria normalmente apelaría a las circunstancias atenuantes: desde luego, esos jóvenes rudos tienen poca gracia, pero la propaganda «securitaria» exagera mucho y, en cualquier caso, ¿qué oportunidades han tenido de ser buenos chicos, trabajadores y bien educados? El humanitarismo de izquierdas, como siempre, ni ataca verdaderamente lo que pretende atacar, ni tampoco defiende verdaderamente lo que pretende defender. Si lo que se quiere decir es que la

violencia ejercida por los jóvenes desheredados no autoriza a negar la violencia que han sufrido, entonces no se trata de denunciar solo la violencia policial, la «represión», sino todos los malos tratos que la dominación técnica infringe a la naturaleza y a la naturaleza de los seres humanos. En ese caso, abandonemos de inmediato la fe en la existencia de algo parecido a una sociedad civilizada en cuyo seno los mencionados jóvenes bárbaros no hubieran tenido posibilidad de integrarse. Hace falta concretar en qué aspectos los desheredados son realmente desheredados, y con mayor crueldad que en el pasado, puesto que se les privó de la Razón, quedando reclusos en su neolengua por lo menos tanto como en sus guetos, sin ni siquiera poder fundar su derecho a heredar el mundo en su capacidad de reconstruirlo. De modo que, en una palabra, más que verter lágrimas de cocodrilo sobre los «marginados» y otros «inútiles para la sociedad», convendría considerar seriamente la utilidad del mundo del trabajo asalariado y de la mercancía para quien no saque beneficios de él, así como la integración en él para quien no reniegue de su propia humanidad. Todo esto es demasiado para los sociólogos, por más izquierdistas que sean: su función, al fin y al cabo, no es la de criticar a la sociedad, sino la de proporcionar argumentos y justificaciones al abundantísimo

personal que gestiona la miseria, los denominados «trabajadores sociales». Así pues, es lógico que sus esfuerzos se dirijan, ante todo, a la satisfacción de las supuestas reivindicaciones «identitarias», ofreciendo la posibilidad de elegir un papel en el rastrillo de las adhesiones miméticas, rastrillo de la ilusión donde hay de todo, desde la gorra de rapero marcada con la X de Malcolm X a la gandura o túnica islamista.

Sin apurarse por nada, puesto que en la práctica vive ajeno a la realidad, el extremo-izquierdismo se limita a invertir los términos de la propaganda política: allí donde esta señala a bárbaros llegados de un inframundo ajeno a los valores de la sociedad civilizada, aquel elogia a salvajes extraños al mundo de la mercancía y decididos a destruirlo. Es la «revolución hecha por los cosacos»,<sup>11</sup> con los suburbios a modo de estepas. Lo máximo que una apología de este tipo está dispuesta a aceptar es que en la protesta suburbial la conciencia no brilla en demasía, en todo caso, que no

<sup>11</sup> *¡¡¡Hurra!!! o la revolución hecha por los cosacos*, libro de Ernest Coeurderoy, publicado en Ginebra en 1854: «No ciframos nuestras esperanzas más que en el diluvio humano; no hay más futuro que en el caos; no tenemos más posibilidades que en una guerra general que, al mezclar a todas las razas y romper todas las relaciones establecidas, arrebate de las manos de las clases dominantes los instrumentos de opresión con los que violan las libertades conquistadas con sangre» (N. del t.).

abunda en razones, pero en cambio, sí que se trasluce por un lado o por otro en la intencionalidad. Pero si bajamos del cielo de los buenos propósitos —el izquierdismo se alimenta de buenas intenciones, las suyas y las que presta a sus héroes negativos— y pisamos de nuevo a la tierra, veremos que el problema no es que estos bárbaros rechacen, aunque de muy mal modo, el nuevo mundo de la brutalidad generalizada, sino que se adaptan demasiado bien a él, mucho más de prisa que otros todavía trabados por ficciones conciliadoras. Se les puede llamar, efectivamente, bárbaros. ¿Dónde hubieran podido encontrar la oportunidad de civilizarse y cómo? ¿Viendo los videos pornográficos de sus padres? ¿Sumergiéndose en el universo ectoplásmico de las simulaciones digitalizadas? ¿Adoptando miméticamente el comportamiento de las vedetes de la brutalidad? ¿Viendo por todo a su alrededor, tanto en la cúspide de la jerarquía social como en sus abismos, como prevalece una especie de conciencia nihilista del derrumbe histórico en curso según el modelo de «después de nosotros, el diluvio»?

Efectivamente, la idea misma de continuidad de la civilización se ha volatilizado igual que la capa de ozono, se ha agrietado como el sarcófago de Chernóbil, se ha disuelto como los nitratos en la capa freática. Cualquier proyecto que tenga previsto durar será ob-

jeto de burla, así pues el mundo actual es de quienes disfrutan de él lo más rápido que pueden, sin escrúpulos ni precauciones de ningún tipo, con menosprecio no sólo de cualquier interés humano universal, sino también de la mínima integridad individual. La calidad de tal goce no es otra que la que permite su carácter apresurado, instantáneo, abocado a la volatilización inmediata, y, en consecuencia, a una intensidad sin contenido: «El tiempo no respeta lo que se hace sin él». El uso de las drogas es, a la vez, su más simple expresión y su complemento lógico, debido a su poder de fragmentar el tiempo en una sucesión de instantes sin proceso. (Baudelaire decía del hachís que un gobierno interesado en corromper a sus gobernados tendría que fomentar su uso). El único cuadro, clínico, en estas condiciones generales de brutalidad, de aquello a lo que ya nadie se atreve a llamar erotismo —atrofia de la sensualidad y búsqueda angustiada de estimulaciones cada vez más violentas— deja bastante claro que la enfermedad social ha alcanzado su fase última. Todo ocurre, pues, como si, merced a un desastre confusamente sentido por todos como irreversible, los de arriba se hubieran liberado de la obligación de mantener el mundo actual y los de abajo se hubieran librado de la necesidad de transformarlo. En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt describió cómo la sociedad de

masas creaba el material humano de los movimientos totalitarios («La principal característica del hombre de la sociedad de masas no es la brutalidad o el retraso mental, sino el aislamiento y la falta de relaciones sociales normales», etc.) y cómo se iba urdiendo, a partir de esta atomización social, lo que ella denominaba «la alianza provisional entre el populacho y la élite». Hoy vemos reconstituirse una alianza similar sin el dinamismo «revolucionario» del totalitarismo —sin la energía que este había recuperado del movimiento obrero—, pero con un nihilismo más completo, en las diversas clases de mafias.<sup>12</sup> Una eficacia bárbara idéntica caracteriza la manera de levantarse feudos en la descomposición que tienen las élites de la corrupción y las bandas de los guetos. La solidaridad de tipo mafioso es la única que vale cuando todas las demás han desaparecido. La «lealtad sin límites, incondicional e inalterable» que los movimientos totalitarios exigían a sus miembros y que podían obtener de individuos aislados, sin otros vínculos sociales, que solo se sen-

---

12 En numerosas ocasiones y en diversas partes del mundo las masacres han destapado la estrecha conexión entre la política, la administración, la economía y la mafia. A propósito ahora de Brasil un comisario decía: «donde el Estado no logra llegar, el crimen acaba llenando el vacío» (*El País*, 28 de agosto de 2016) (N. del t.).

tían útiles por pertenecer al partido, esa lealtad, liberada de cualquier ideología, la encontramos hoy en el juramento de fidelidad total a las bandas descrito, por ejemplo, por Kody Scott (*Monster, autobiografía de un jefe de una banda de Los Ángeles*). Calculando la regresión transcurrida durante veinte años, compárese el testimonio de Kody con el de James Carr.<sup>13</sup> Mientras que el de Carr confluía con éxito con la crítica social moderna y él mismo era misteriosamente asesinado casi a continuación, el del otro, forzado por la época, o más bien en su contra, no salió del delirio de las bandas más que para entrar en el de los Musulmanes Negros y demás africanistas.

Al final de un poema de Constantino Kavafis, «Esperando a los bárbaros», hay dos versos muy evocadores al respecto: «Pero entonces, ¿qué va a ser de nosotros sin bárbaros? Esa gente era, a fin de cuentas, una solución». Así es como, con el fin de ocultarse a sí misma su desastre real y exorcizar el espectro de una de-

13 *BAD. The autobiography of James Carr*, New York, 1975, editado en Francia con el título de *Crève!* (¡Revienta!) Carr narra su trayectoria de pandillero despolitizado hasta simpatizar a través de las luchas en la cárcel con el Partido de los Panteras Negras, para finalmente superar el nacionalismo racial con lecturas de Korsch, Lukács y la Internacional Situacionista (N. del t.).

cadencia interminablemente abandonada a sí misma, la sociedad se talla enemigos a su medida, objetos de odio y de terror. Y como sucede en 1984, donde la expresión obligatoria del odio contra el enemigo Goldstein servía a la vez de válvula de escape al odio contra el Gran Hermano, así la fabricación de una «barbarie» a la que hay que temer y odiar es tanto más operativa cuanto que recupera un pánico muy real y con mucho fundamento en beneficio del conformismo y de la sumisión. Los «suburbios», como dicen los medios de comunicación para designar en realidad *al conjunto* del territorio urbanizado (los centros históricos antiguos, dedicados fundamentalmente a usos turísticos y comerciales, carecen casi por completo del afortunado barullo que conformaba una ciudad), se han convertido, con su juventud bárbara, en el «problema» que resume de manera providencial todos los demás: una «bomba de efecto retardado» bajo el asiento de aquellos que, por esa circunstancia, se hubieran creído estar bien *sentados* e instalados. Al igual que ocurre con otros muchos «problemas», se habla del de las periferias urbanas no para resolverlo (¿cómo podrían?), sino para *gestionarlo*, como dicen: en resumidas cuentas, para dejar que se pudra, poniendo manos a la obra toda la inmensidad de medios disponibles. Una gestión moderna de este tipo es la que se designa con el



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ECONOMICAS

V

vocablo «Los Ángeles». Cuando los policías y sus portavoces mediáticos hablan del «síndrome de Los Ángeles» expresan, por lo menos, tanto lo que tratan de conseguir como lo que pretenden evitar, tanto lo que quieren como lo que temen, es decir, que describen el rumbo que ha de tomarse ante lo que no se puede evitar. Conocemos sobradamente cómo la dominación moderna, que no ha sido calificada de *espectacular* en vano, aplicó a gran escala las técnicas de la industria del ocio. Dicha industria acumula experiencia y es hábil en manipular los impulsos miméticos con el sencillo método de hacer que afloren los sentimientos que quiere provocar como si ya existieran, anticipando al mismo tiempo la imitación que de ellos harán los espectadores según el modelo de la profecía que se autorrealiza. Es así como, en virtud del espejismo típico del espectáculo, aquellos a los que «amamos odiar», en tanto que bárbaros modernos, son en exceso proclives a preferir ser odiados como tales y a identificarse con la imagen que les han calzado. «Llevan dentro el odio», dice una locución cuya sustancia no alude por casualidad a la contaminación de la peste.

EN 1908 JACK LONDON describía en *El talón de hierro* lo que podría ser, en un futuro cercano, un capitalismo dirigido por una oligarquía que, presionada por las necesidades de su lucha contrarrevolucionaria, se hubiera liberado de todas las trabas de la antigua legalidad democrático-burguesa. Desde los años veinte, el libro se leyó como una premonición del fascismo, y no sin razón, ya que este estaba recurriendo a todos los medios descritos por London: provocaciones, manipulaciones, asesinatos, terror de masas, etc. Sin embargo, la hipótesis de London no perdió vigencia con el fin del *estado de excepción* fascista. Muy al contrario, desde entonces se ha comprobado que el empleo de ciertos medios del fascismo podía combinarse con el mantenimiento de formas democráticas. No obstante, había un aspecto de la dominación oligárquica descrita por London que no existía en el fascismo que, muy al contrario, buscaba la apariencia de la unidad social, aspecto que hoy día es de una importancia crucial: la ex-

pulsión a los confines de la sociedad de grandes masas de población a las que se dejaba, literalmente, *puirse* en la indigencia material y psicológica. Ese «pueblo del abismo»,<sup>14</sup> amontonado en los guetos de las ciudades americanas y en las chabolas del Tercer Mundo, pero también en los «suburbios» franceses, hasta hoy, en concordancia con lo que London había anticipado, se ha visto condenado a revueltas esporádicas y desesperadas, mientras que la oligarquía, por su cuenta, «sacaba orden de la confusión» y establecía «sus fundamentos y sus cimientos sobre la podredumbre misma».

Según los propios términos de London, «la horrible imagen de la anarquía» es «puesta constantemente ante los ojos» de los integrados y de los sumisos, a fin de que «el temor cultivado a propósito les obsesione». Pero, mientras que en *El talón de hierro* solo los miembros de la oligarquía quedaban «convencidos de que su clase [era] el único sostén de la civilización», en la realidad actual la frontera entre jerarcas y subordinados es mucho más fluida e inestable que en el esquema londoniano: dicha frontera va siendo cons-

<sup>14</sup> Expresión debida a H. G. Wells para nombrar a la legión de parias relegados a los márgenes de la sociedad por la industria y mantenidos allí por la plutocracia (a la que London denomina «el talón de hierro»). London describió con crudeza su condición en un libro anterior editado en castellano con el título de *Gente del abismo* (N. del t.).

tantemente reformada por múltiples mecanismos de cooptación, selección y exclusión, pues la convicción de temer, por encima de cualquier otra cosa, la aparición de la «Bestia del abismo», no es asunto solo de la oligarquía, sino de casi todo el mundo. La función espectacular que desempeñó el terrorismo adjetivado de izquierdista durante los años setenta y ochenta —después de haberla desempeñado a mayor escala y durante un período de tiempo más largo el enemigo burocrático-totalitario— ahora corresponde en Francia a los «terroristas islámicos», perfectos representantes de la barbarie, cuya repulsiva intolerancia concita la reprobación de todos los demócratas, incluidos los más quisquillosos: «Ante el problema de los suburbios y de la creciente violencia, la afirmación de la ley es esencial. La ley es en sí misma una forma de resistir a la violencia» (Alain Finkielkraut, *Le Monde*, 21 de noviembre de 1995).

Así aparentan razonar doctamente los moralistas y filósofos a sueldo del «Estado de derecho», como si estuviésemos en una Europa burguesa e ilustrada que ofreciera al mundo como modelo el sistema de derechos y deberes típico de la democracia parlamentaria. El general-presidente Zeroual<sup>15</sup> demostraba *estar más*

<sup>15</sup> Alusión a las presiones diplomáticas recibidas en 1995 por

al loro respondiendo a los dirigentes franceses, que pretendían darle lecciones sobre los procedimientos electorales que debía seguir, que no tenía nada que aprender de ellos en materia de estrategia política. En efecto, la tradición local, heredada de un esplendor estatal pasado, prepara bastante mal a los dirigentes franceses para el tipo de aventurerismo que hoy se necesita, de modo que más bien son ellos quienes han de aprender de alguien como Zeroual la manera de sobrenadar entre la sangre y el fango. *Al final aprenden*, sin duda, ya sea de Zeroual o de otros, como por ejemplo hicieron los socialistas españoles, padrinos de un escuadrón de la muerte antivasco, uno de los cuales<sup>16</sup> resumía lacónicamente lo que quedaba en la actualidad del derecho y de la separación de poderes con la frase «Montesquieu ha muerto». En realidad, cualquier ideólogo asiático del desarrollo industrial acelerado demostrará, pruebas en mano, que las formas de la democracia política que acompañaron a Eu-

---

el presidente de Argelia, general Liamine Zeroual, a raíz de la militarización del Estado consecuencia de su campaña de «erradicación» del terrorismo islamista practicado por facciones como el Grupo Islámico Armado (G.I.A.), presiones que hallaron debida respuesta en una constitución que otorgaba plenos poderes a la presidencia del país (N. del t.).

<sup>16</sup> Alfonso Guerra (N. del t.).

ropa en su «despegue» ya mismo no son necesarias: ahora la mercancía sigue su camino sin necesidad de ese apoyo. China acabará enteramente devastada por ella sin haber tenido nunca «libertades políticas». Visto para lo que sirvieron en la Europa que las concibió, casi se podría decir que no se perdería gran cosa.

Actualmente, no hay amenaza que obligue a la dominación al empleo ordinario de «medios de excepción» del tipo de los que describía London, amenaza que podría concretarse en la existencia de un movimiento social organizado que le disputara la dirección de la sociedad. Lo que empuja a la dominación a emprender la senda de una transformación rápida, sin que nadie pueda prever la forma exacta que esta adoptará, ni si se estabilizará de algún modo, es más bien la objetividad de una catástrofe que en sí misma constituye un hecho revolucionario mucho más amenazante que todo lo que las clases dominantes del pasado tuvieron que combatir. En esta sociedad nada funciona sin la ayuda de prótesis cada vez más costosas y preñadas de desastres; incluso la capacidad de la especie para reproducirse sin recurrir a manipulaciones de laboratorio ha quedado mermada. Evidentemente, cuando nos referimos a «la dominación» de esta manera, damos la impresión de aludir a una especie de directorio unificado capaz de determinar una

estrategia aplicable por un ejército de ejecutores. Muy al contrario, la confusión, la inestabilidad y la fragmentación igualmente afectan a los dirigentes, bien sean representantes de la mercancía o bien hombres de Estado o ambas cosas a la vez: los medios de la degradación envilecen también a quienes los emplean. Con la decadencia de las instituciones y costumbres de la sociedad burguesa, envenenada por sus propias drogas espectaculares, emerge casi por todas partes (y tanto más rápido en los lugares donde la clase capitalista nunca fue burguesa sino solamente burocrática) una especie de neofeudalismo, cuya base es el «pueblo del abismo» (matones y «clientes» de todo tipo) y la cúspide, las élites mafiosas de la corrupción.

Ello significa que podemos hablar legítimamente de la dominación en la exacta medida en que bajo dicho término se englobe a todos aquellos que, de una u otra forma, sacan provecho de la tiranía mercantil, y a todos los que la sirven, la amplían y la justifican: unos envenenan, otros sanean; unos masacran, otros saquean; unos destruyen, otros reparan. Y, aunque haya entre ellos rangos y preeminencias, todos se sirven del mismo material humano que les proporciona la economía mundializada. Obviamente, se degradan sirviendo a tal señor y, para la mayoría, la ganancia es en gran medida ilusoria, «puesto que no pueden

decir que son dueños de sí mismos».17 Pero para los beneficiarios de la tiranía carece de importancia que su condición parezca miserable a los ojos de aquellos a los que la libertad resulte útil: no pueden concebir otra diferente y por consiguiente extraen de ella la razón de vivir. La novedad reside en que tales razonamientos tienen poco que ver con los sistemas de justificación o de legitimación de antes, reduciéndose casi en su totalidad al *juego con el poder*, el último valor de la vida en una sociedad sin posteridad.

Desde la época en la que el *Manifiesto Comunista* enunciaba que «la burguesía no existe más que a condición de revolucionar constantemente los instrumentos de trabajo, es decir, el modo de producción, es decir, todas las relaciones sociales», la susodicha *revolución permanente* ha ido tan lejos en la transformación de las condiciones generales en las que debe ejercerse la dominación, que la antigua clase propietaria ha mutado junto con dichas condiciones en algo nuevo: la burguesía, tal como lo presentía Baudelaire, ha perecido por donde creyó vivir. «¿Es necesario que diga que lo poco que quede de política se debatirá penosamente en el abrazo de la animalidad general y que los

---

17 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria* (N. del t.).

gobiernos se verán obligados, para mantenerse y para crear un fantasma de orden, a recurrir a medios que harían temblar a nuestra humanidad actual a pesar de estar tan endurecida?» («Cohetes»). Las redes de la oligarquía mercantil que traspasan los aparatos estatales y los «medios económicos» legales o ilegales, no necesitan ninguna presciencia especial, ni tampoco «indicadores sociales» juiciosos, para prever la llegada de disturbios inéditos, la acumulación del odio social o la escalada irreversible de convulsiones sangrientas. Hasta el más obtuso de los agentes subalternos de «la actividad económica» ha tenido que admitir su *lado malo*: el paro se extiende, la violencia crece, las enfermedades se propagan; en resumen, la inseguridad mina todos los deleites y todas las garantías instituidas. El agente descubre en qué mundo está y hacia dónde se precipita. Nadie lo oculta, al contrario, todos lo muestran: constantemente le ponen ante sus ojos un desorden cada vez mayor, como un *memento mori* en el que, a modo de una alegoría «modern style», el planeta entero adoptase el rostro de la muerte.

Pues no solo la dominación ya no está en condiciones de cantar victoria próxima sobre el *lado malo* de la economía de mercado, sino que ni siquiera está en condiciones de oponerle un *lado bueno* que justifique sus desatinos, al menos ya no es eso la principal

finalidad de su propaganda. Al contrario, la dominación tiende cada vez más a justificar cualquier cosa a costa de la existencia de ese *lado malo*, desasosegando a la gente con la amenaza de la disolución de la sociedad en la barbarie y a cada individuo particular, con la caída en el abismo social. Se acabó la época de la sumisión que resumía el ideal del *estado del bienestar*: los beneficios capitalistas fueron restaurados en todas partes en detrimento de la protección que el Estado moderno aseguraba y, sobre todo, que prometía a cambio de la obediencia. (Es lo que una revista americana se atreve a llamar «el fin de la buena vida»). Pero la demanda de protección siempre está presente y es tanto más apremiante cuanto que la violencia económica se ejerce cuando ya no existen, para amortiguar los golpes —contrariamente a la época del primer «capitalismo salvaje»— ni la enorme experiencia histórica precapitalista en el ámbito de las costumbres y las relaciones sociales, ni, en el mundo todavía natural, los recursos aparentemente inagotables de riqueza gratuita que eran para la humanidad una especie de reserva de vida y, tanto en sentido estricto como en sentido figurado, una *defensa inmunitaria* contra la mercancía. En consecuencia, vemos aparecer toda clase de extraños «protectores» jugando cínicamente con la desesperación y el miedo; nos referimos concreta-

mente tanto a las sectas como a los nuevos «señores de la guerra» que imponen la protección en medio del caos, función que no solo se encuentra en los orígenes del feudalismo, sino también en los de las diversas mafias. Y en medio de una protección fragmentada donde las empresas se organizan como bandas, las sectas como servicios secretos y las bandas como milicias, el Estado deviene en una especie de protector *entre tantos*, o peor, menos eficaz que esos tantos. Sirva como ejemplo la negativa del Estado americano a seguir invirtiendo, tanto en el sentido financiero del término como en el policiaco-militar, en lo que ya no eran ciudades, en beneficio, por un lado, de bandas que se hacen cargo de la gestión de la supervivencia fundada sobre la economía de la droga en los centros abandonados por los empleados blancos y, por el otro, en beneficio de las nuevas «ciudades frontera» reservadas a estos últimos, con el fin de que las habiten resguardados del caos (cuarenta millones de americanos viven ya en plazas fuertes, que tienen su policía, su derecho especial y sus «equipamientos colectivos»). Son las monstruosidades en las que se resume el desmoronamiento de la civilización urbana, característico de otras épocas de decadencia («En otro tiempo, los muertos abandonaban la ciudad llena de vida; nosotros que vivimos en ella, la estamos enterrando»,

observaba Palladas al final del mundo antiguo); son las metástasis imprevisibles de las enfermedades que proliferan en la vieja sociedad en donde la aceleración descontrolada de los mecanismos de defensa acarrea nuevos males; son, en definitiva, esos horrores de un sálvese-quien-pueda universal, lo que nos autoriza a hablar de neofeudalismo, por ejemplo, o de señores de la guerra, conscientes de la aproximación inevitable que se produce al describir un presente insólito con la terminología del pasado. Pero, sea cual sea la imprecisión de los términos empleados, una cosa es cierta: el hecho de que el capitalismo tenga toda la pinta de regresar a la infancia —es decir, a la sangre y el fango de sus orígenes— no ha de confundirse con su recuperación, igual que no hay que confundir las muecas pueriles de un viejo con la energía de la juventud.

La domesticación por el miedo posee un arsenal de realidades macabras para poner en imágenes y de imágenes macabras con las que fabricar la realidad. De esta forma, contemplamos, un día tras otro, entre epidemias misteriosas y regresiones mortíferas, un mundo imprevisible donde la verdad no tiene valor porque no sirve para nada. Harta de tantas creencias y hasta de su propia incredulidad, la gente, acosada por el miedo y sintiéndose objeto de procesos opacos, a fin de satisfacer la necesidad de creer en la posibilidad

de una explicación coherente de este mundo incomprendible, se entrega a toda clase de interpretaciones raras y desquiciadas: revisionismos de todo tipo, ficciones paranoicas y revelaciones apocalípticas. Como en esos seriales televisados de género nuevo, muy seguidos por los telespectadores jóvenes, que describen un mundo de pesadilla en donde no hay más que manipulaciones, trampas y tramas secretas, y en donde fuerzas ocultas instaladas en el corazón del Estado pasan el tiempo urdiendo complots para tapan las verdades que pudieran salir a la luz; verdades, en efecto, sensacionales, puesto que, en general, se refieren a maquinaciones de extraterrestres. La finalidad de esta especie de versión mediática moderna de *Los protocolos de los sabios de Sión* no es tanto la de designar a un enemigo y a unos responsables del complot, como la de afirmar que el complot está en todas partes: no se trata, al menos de momento, de *movilizar* para llevar a cabo pogromos o Noches de Cristales Rotos,<sup>18</sup> sino más bien de *inmovilizar* en el sopor y en la resignación ante la imposibilidad de reconocer, comunicar y esta-

<sup>18</sup> *Kristalnacht*, pogromo organizado por las autoridades nazis en Alemania y Austria la noche del 9 de noviembre de 1938, inicio de la persecución masiva de judíos llevada a cabo por el régimen hitleriano (N. del t.).

blecer cualquier verdad. Las calculadas extravagancias de esos productos de una fábrica de sueños convertida en fábrica de pesadillas no buscan convencer, como tampoco lo hacen las extravagancias de la propaganda general. Su objetivo es rematar la destrucción del sentido común, el aislamiento de cada cual dentro de un escepticismo aterrorizado: *Trust no one*, no te fies de nadie, el mensaje no puede ser más explícito. A cuenta de lo que entonces no era más que un simple defecto individual, Vauvenargues realizó una observación aplicable a la psicología de masas de la era de la sospecha: «La desconfianza exagerada no es menos nociva que su contrario. La mayor parte de los hombres resultan inútiles a quien no quiere correr el riesgo de equivocarse».

Ficciones tan siniestras solo pueden verse como documentales porque la realidad entera se percibe ya como una ficción siniestra. A los que han perdido «todo el ámbito de relaciones comunitarias que da un sentido al sentido común» les resulta imposible, estando inmersos en una oleada de informaciones contradictorias, distinguir razonablemente entre lo verosímil y lo inverosímil, lo esencial y lo accesorio, lo accidental y lo necesario. La abdicación del juicio, considerado inútil ante la tenebrosa arbitrariedad del *fatum* técnico, halla en la idea de que *la verdad está*

ahí fuera<sup>19</sup> el pretexto para renegar de las libertades cuyos riesgos ya no se quieren asumir, comenzando por la libertad de encontrar verdades que obliguen a actuar. La sospecha de manipulación general es entonces un último refugio, una forma cómoda de no enfrentarse a la irracionalidad total de la decadencia prestándole una racionalidad secreta. Se ha comprobado durante el acceso a la categoría de información, bajo la denominación de mal de las vacas locas, de las malversaciones habituales de la industria agroalimentaria. Sostener que todo eso no era más que un truco mediático para atemorizar a la población o, en forma más prosaica, un complot de la industria agroalimentaria francesa contra sus competidores ingleses, permitía negar puerilmente la terrible realidad, a la vez que presumir de listo que no se deja embaucar. El mundo agobiante de la ficción paranoica protege, pues, contra el agobio del insensato mundo real, pero también expresa, ya se trate de groseras fabulaciones para uso de las masas o de escenarios más sofisticados para una pseudoélite de iniciados, la búsqueda de una protección más eficaz, la sumisión anticipada a la autoridad que la ha de garantizar, el sueño de ser cooptado, en pocas palabras, el deseo de *formar parte*

---

19 Serial televisivo que llevaba por título *Expediente X* (N. del t.).

del complot. Anteriormente, la popularidad de *Los protocolos de los sabios de Sión* se había debido tanto a la repulsa, como a la fascinación por la técnica de conspiración mundial que exponían, técnica que los nazis se esforzaron en poner en práctica.

En el más reciente de esos seriales crepusculares (*Millennium*), una organización oculta dirige la lucha contra una internacional de psicópatas unidos para acabar con la humanidad. Al declarar el protagonista que «toda esta violencia de la que nos hablan los periódicos no puede ser fruto del azar», el periodista de *Libération* que reseñaba la serie calificó la declaración de «pequeña idea personal y paranoica sobre nuestra época». La salud mental de un periodista consiste, en efecto, en ver que tal derrumbe del mundo es solamente fruto del azar. Pero, ya que se trata de la violencia de la que hablan los periódicos, volvamos a Los Ángeles, a sus bandas y al porqué de su necesidad. Cuando el jefe del Departamento de Justicia de California afirma públicamente que los Crips y los Bloods (las dos bandas más fuertes de Los Ángeles) han sustituido al comunismo como principal amenaza subversiva interior, es fácil denunciar (como hace el sociólogo semiizquierdista Mike Davis en *Ciudad de cuarzo*) la propaganda «securitaria» que manipula el pavor de la clase media agitando el espectro de un levantamiento general de

la gente abandonada en la miseria, etc. (Frase típica: «La realísima epidemia de violencia juvenil, cuyas causas profundas —como veremos— se encuentran en las condiciones cada vez más miserables de la juventud, ha sido exagerada tanto por los responsables del mantenimiento del orden y los medios de comunicación que apenas guarda relación con la realidad»). Y como quedó mediáticamente demostrado que la CIA, con el fin de financiar sus actividades en Nicaragua, suministró crack a esas mismas bandas de Los Ángeles durante diez años, lo normal es pensar, sobre todo si ya lo habíamos sospechado antes, que el beneficio descontado de la operación no era tan solo financiar a la Contra, sino que se trataba también de contribuir a la aniquilación de la juventud afroamericana. Estas medias verdades hacen las veces de mentira al usarse para ocultar que la juventud reclutada y fanatizada por las bandas está en la vanguardia de la regresión hacia un mundo donde la putrefacción de todas las antiguas formas de vida en sociedad únicamente se detendrá con la instauración de las coerciones más brutales. No solo la violencia abiertamente nihilista de estas *secciones de asalto* de la barbarie<sup>20</sup> no implica peligro alguno

20 De nuevo una alusión a los nazis, esta vez a su tropa de choque, las *Sturmabteilung* o s. A. (N. del t.).

para la dominación, como tampoco sirve solamente de contrapunto para justificar su propia violencia, sino que constituye un modelo de adaptación a las nuevas condiciones donde la supervivencia pasará cada vez más por el exterminio y donde una seguridad precaria no podrá comprarse más que al precio de la renuncia a toda autonomía individual.

De igual forma, ante los atentados en Francia atribuidos a los islamistas, hasta el último en llegar podría hacer olímpicamente gala de humanismo denunciando las «amalgamas devastadoras» con la juventud sin futuro de las ciudades, el pretexto de un endurecimiento represivo, etc. Siendo más exigente, también podría afirmarse sin mayores complicaciones, puesto que según el propio *Paris-Match* «se ha constatado que los agentes secretos de Argelia son capaces de provocar crímenes y atentados en nombre del G.I.A.», que se trataba, en realidad, de un episodio de transacciones secretas entre el Estado francés y el Estado argelino, una forma de presión de este sobre aquel con el fin de conseguir un apoyo más firme en la lucha contra los islamistas. (Es bien sabido que las autoridades francesas apostaron en su día por estos últimos para controlar a los jóvenes de las *cités* o bloques suburbanos,<sup>21</sup> trabajo

21 Las *cités* son barriadas provisionales de vivienda social cons-

que correspondió en el pasado a los estalinistas). Pero todas esas denuncias de la represión y de las manipulaciones del Estado se detienen allí donde comienza a plantearse el verdadero problema histórico, es decir, a la hora de tenerse en cuenta la desoladora disposición de la juventud del abismo hacia toda clase de manipulaciones, su afán por adaptarse a los modelos ilusorios fabricados por sus enemigos: se habla de la represión para no hablar de la descomposición. A lo sumo se admite, como hacía un panfleto tras la primera oleada de atentados del verano de 1995, que «parados de por vida, acorralados en una existencia limitada al contorno de una *cité*, hubo jóvenes que buscaron una identidad en el islam» y que «entre ellos algunos», en consecuencia, «pudieron ser manipulados por quienes colocaban bombas». Pero lo que de ningún modo nadie osa plantear con lucidez es el modo con que la

---

truídas principalmente por el Estado francés en las periferias de las grandes ciudades para albergar a los contingentes de obreros que llegaban de todas partes atraídos por las ofertas de trabajo de la posguerra. Los asalariados de los comienzos fueron siendo progresivamente sustituidos por trabajadores inmigrantes de distintas nacionalidades, que quedaron atrapados en empleos precarios, informales y mal remunerados durante la reconversión capitalista de los años setenta y ochenta. A partir de entonces, la situación de miseria no hizo más que agravarse, convirtiendo estos «grandes conjuntos» de bloques en verdaderos guetos (N. del t.).

inmensa mayoría de ellos, manipulaciones particulares aparte, son de alguna manera *automanipulados*, condicionados y dirigidos por las «identidades» confeccionadas expresamente para ellos, que asumen con tanto entusiasmo. Para abordar el asunto, habría que estar dispuesto a ver que, por culpa de su atomización, los individuos, forzados a adaptarse al día a día, dudando entre el choque súbito y el olvido súbito, pierden de un lado la capacidad de tener una experiencia *continua* del tiempo y del otro, la de oponer lo que fuere a los mecanismos de despersonalización que los aplastan. Y, en este sentido, poco importa que las imágenes a las que se aferran, con tal de dotarse de una personalidad prestada, sean las de la juventud-rebelde-de-los-guetos, igual de artificiosas y planificadas que todas las demás.

Es comprensible que el izquierdismo prefiera hablar de otra cosa. Véase por ejemplo, en el prefacio anónimo de una reciente reedición de *Sobre la miseria en el medio estudiantil* la confrontación magistral de la lucidez de los «gamberros de las *cités*» con las ilusiones finales de quienes confían en escapar a la marginación gracias a sus estudios: «Los chicos de las *cités*, esos palestinos del espectáculo triunfante, saben perfectamente que no tienen nada que perder ni nada que esperar del mundo tal como va evolucionando. En un santiamén se afirman enemigos del Estado, de la

economía y del trabajo asalariado. Combaten de forma regular a las fuerzas del *orden*, se niegan a trabajar y roban todas las mercancías que necesitan. Nunca eligieron su condición y es lógico que esta no les guste. Pero los responsables de su situación pronto sentirán su dolor, o mejor dicho, ya lo están sintiendo». Este «lenguaje de la lisonja» persigue la estela de los tópicos situacionistas con un aplomo tan anacrónico que podemos tener la completa seguridad de que el autor se abstuvo mucho de visitar las *cités* para ser reconocido por sus iguales en radicalidad como «enemigo del Estado, de la economía y del trabajo asalariado». En este ejercicio literario de prologuista, el autor asimismo se da a conocer como un entendido en la «cuestión palestina», aunque más bien en forma de lapsus: el destino de aquellos a los que él llama «palestinos del espectáculo triunfante» es, en efecto, bastante semejante al de los palestinos de Palestina, encerrados en sus «bantustanes» bajo la vigilancia de sus propios jefes de banda, pero precisamente por eso mismo no debería afirmarse a la ligera que los susodichos palestinos del espectáculo estarían a punto de hacer sentir su dolor a sus amos o que ya habían empezado a hacerlo.

«No es con motines en las esquinas<sup>22</sup> como va a regenerarse un mundo acabado que ha equivocado el

---

22 Traducción aproximada de «émeutes de carrefour» expresión

rumbo». Esta reflexión, que inspiraba a Nodier un precoz desencanto histórico, hoy es una verdad práctica que conviene formular de forma todavía más clara: los «motines en las esquinas» y demás estallidos de violencia sin conciencia no sirven más que a quienes quieren *prolongar* la degeneración de un mundo acabado que no sabe por dónde va. Valga como prueba la forma en que los defensores de un Estado «social» y «nacional» contra la economía mundializada esperan abiertamente sacar provecho de desórdenes de esa clase invocando, con gran torpeza (puede que haya provocadores más hábiles), «la obligación de sublevarse» y «el derecho a amotinarse» (Ignacio Ramonet, «Régimes globales», *Le Monde Diplomatique*, enero de 1997).

---

del autor romántico Charles Nodier para referirse a las revueltas sin perspectivas (N. del t.).

## VI

LA CONTRIBUCIÓN DEL IZQUIERDISMO a la alienación más moderna se ha dado a conocer en general a través de las anécdotas realmente pintorescas de determinadas carreras personales, pero más como efecto de una abjuración que de una fidelidad, aunque la abjuración, en lo que se refiere a determinados aspectos superficiales de la ideología izquierdista, haya resultado fácil y fructífera gracias a la fidelidad hacia un contenido más profundo. En efecto, si se dejan de lado los disfraces revolucionarios que el izquierdismo tomó del museo de la historia, ese contenido era claramente la adaptación al ritmo acelerado del cambio de todo, el ajuste de la falsa conciencia a las nuevas condiciones en las que se tenía que aprender a vivir bajo los choques de la producción industrial de masas. Y a mayor «espontaneísmo» izquierdista, mayor publicidad de la supeditación de la conciencia a las sensaciones inmediatas, de forma que, gracias a su contribución al descrédito de las mediaciones, a través de las cuales se

constituyen los individuos, el izquierdismo preparaba a estos para el tipo de reflejos que la aceleración descontrolada de la maquinaria económica iba a exigirles. «Vivir sin tiempos muertos, gozar sin trabas»,<sup>23</sup> suena hoy como el eslogan de un hedonismo *fustigado por el pánico*, el mismo que se difunde en todas las direcciones, cuando la catástrofe ya no solo se presiente.

El rasgo principal que determina todos los demás, con el cual el izquierdismo prefiguraba lo que sería treinta años después la mentalidad dominante entre las nuevas generaciones, inculcada en todos lados y socialmente valorada, es precisamente el rasgo reconocido como característico de la mentalidad totalitaria: *la capacidad de adaptación mediante la pérdida de la experiencia continua del tiempo*. La capacidad de vivir en un mundo ficticio, en el que nada asegura la primacía de la verdad con relación a la mentira, deriva evidentemente de la desintegración del tiempo vivido en una nube de instantes: quien viva en ese tiempo discontinuo no solo quedará eximido de cualquier responsabilidad ante la verdad, sino también de cualquier interés en reivindicarla. Si se pierde el sentido de la verdad, todo está permitido y eso es precisamente lo que está

23 Famosa pintada de Mayo del 68 en la calle Vaugirard, París, atribuida al grupo de los *Enragés* (N. del t.).

sucediendo. Esta clase de libertad ha dado lugar al carácter espontáneamente conformista y supermoderno de muchísima gente a la que un dejarse llevar por sus propias reacciones siguiendo sin vacilación las exigencias del momento será suficiente para cometer las bajas exigidas por una buena integración en el funcionamiento de la máquina social. La tendencia a vivir en un tiempo personal que es una sucesión de presentes sin recuerdo del pasado ni preocupación real por el futuro, si bien quedaba algo contrarrestada en el caso de los grupúsculos burocráticos por las necesidades de su política específica, en cambio, se afirmaba sin trabas en las fracciones más modernas, donde la privación de todo horizonte temporal era ensalzado como si se tratara de una libertad radical: «Y por encima de todo esta ley: “Actúa como si el futuro no tuviera que existir nunca”» (Raoul Vaneigem, *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*).

La desintegración del tiempo vivido, evidentemente, viene determinada, más que por cualquier otra cosa, por el salto cualitativo dado a causa del aumento de la composición orgánica del capital (empleando la terminología de Marx): no solo el «trabajo vivo» fue aplastado por la velocidad mecánica del «trabajo muerto», sino la vida entera de la gente. La aceleración de la productividad industrial fue tan vertiginosa, que el rit-

mo de renovación de las cosas y de la transformación del mundo material se desligó del de la vida humana con su discurrir demasiado perezoso. (La velocidad de circulación de la información en las redes de la megamáquina demuestra cuán lento y cansino es el cerebro humano). Pero para eso ha sido necesario hacer propaganda de la adaptación a estas nuevas condiciones, donde los hombres sólo son parásitos de las máquinas que aseguran el funcionamiento de la organización social. Sin lugar a dudas, el izquierdismo hizo la propaganda de forma totalmente inconsciente, sin saber en qué estaba participando: creía en el sueño paupérrimo de una pura revolución, total e instantánea, que se realizaría, por así decirlo, independientemente de los individuos y de cualquier esfuerzo de su parte para construirse a sí mismos junto con su mundo. Y eso era lo que precisamente estaba a punto de suceder. El hecho demuestra impecablemente las afinidades espontáneas del izquierdismo con el proceso de erradicación de las antiguas virtudes humanas que permitían una autonomía individual. Aparte de eso, tales afinidades se volvieron plenamente conscientes en la posteridad furiosamente modernista del izquierdismo, cuando todo el mundo se dedicó a los placeres permitidos por el ocio de masas con una satisfacción indisimulada, mientras que la ideología «antiautoritaria» residual

era empleada en ensalzar la descomposición de las costumbres en todos los aspectos.

Con el fin de apreciar en su justo valor la parte del izquierdismo en la creación del *neohombre* y en la expropiación de la vida interior, recuérdese que este se distinguió por denigrar las cualidades humanas y las formas de conciencia vinculadas al sentimiento de una continuidad acumulativa en el tiempo (memoria, tesón, fidelidad, responsabilidad, etc.); en elogiar con su jerga publicitaria de «pasiones» y de «superaciones» las nuevas capacidades permitidas y exigidas por una conciencia entregada a lo inmediato (individualismo, hedonismo, vitalidad oportunista); y, finalmente, en elaborar las representaciones compensatorias mediante las cuales ese tiempo invertebrado creaba una necesidad añadida (desde el narcisismo de la «subjetividad» hasta la intensidad vacía del «juego» y de la «fiesta»). Puesto que el tiempo social, histórico, fue confiscado por las máquinas que almacenan pasado y futuro en sus memorias y escenarios prospectivos, los hombres pueden gozar al instante de su irresponsabilidad, de su superfluidad, de forma semejante a lo que podríamos experimentar, destruyéndonos más expeditivamente con las drogas que el izquierdismo no se ha privado de ensalzar. La libertad vacía, reivindicada con gran despliegue de eslóganes entusiastas,

es lo único que queda a los individuos cuando se les escapa definitivamente la producción de sus condiciones de existencia: recoger las virutas de tiempo caídas de la megamáquina. Esa clase de libertad se realiza en la anomia y la vacuidad electrizada de las multitudes del abismo, para las que la muerte no significa nada y la vida menos que nada, gente que no tienen nada que perder pero tampoco que ganar, salvo «una orgía final y terrible de venganza» (Jack London).

Verdadera vanguardia de la adaptación, el izquierdismo (y especialmente donde estaba menos vinculado a la vieja mentira política) preconizó pues, casi todas la simulaciones que son ahora moneda corriente de los comportamientos alienados. En nombre de la lucha contra la rutina y el aburrimiento denigraba todo esfuerzo sostenido, toda apropiación, necesariamente paciente, de capacidades reales: la excelencia subjetiva debía ser, como la revolución, instantánea. En nombre de la crítica de un pasado muerto y de su peso sobre el presente, atacaba cualquier tradición e incluso cualquier transmisión de experiencia histórica. En nombre de la revuelta contra las convenciones, instalaba la brutalidad y el desprecio en las relaciones humanas. En nombre de la libertad de conducta, se desembarazaba de la responsabilidad, de la consecuencia, de la continuidad en las ideas. En nombre

del rechazo a la autoridad, rechazaba cualquier conocimiento exacto e incluso cualquier verdad objetiva: qué hay más autoritario, en efecto, que la verdad y qué hay más libre y variado que los delirios y las mentiras, que borran las fronteras fijas y apremiantes entre lo verdadero y lo falso. En resumen, el izquierdismo trabajaba para liquidar todos los componentes del carácter que, al estructurar el mundo propio de cada individuo, lo ayudaban a defenderse de las propagandas y de las alucinaciones mercantiles.

Una simulación propiamente histórica de la vida como la arriba mencionada (según la fórmula de Gabel:<sup>24</sup> «el mentiroso común está al margen de la vida porque miente; el mentiroso histérico miente porque está al margen de la vida»), por culpa de la ansiosa búsqueda de placer inmediato, tenía forzosamente que convertirse en esclava de toda la parafernalia *high-tech*, mejor dotada para mantener la promesa de una vida por fin liberada del esfuerzo de vivir que la magia de los eslóganes izquierdistas. La carrera trivial del antiguo izquierdista, que cambió la instantaneidad revolucionaria («¡Todo y ahora mismo!»)<sup>25</sup> por la instanta-

24 Joseph Gabel, autor de *La falsa conciencia*, un original estudio de la alienación partiendo de los mecanismos esquizofrénicos, muy ponderado por la I. S. (N. del t.).

25 Consigna del grupo maoespontaneista posmayo VLR, *Vive la*

neidad mercantil, la repite, de forma acelerada, cada consumidor hedonista, no afirmando la autonomía y la singularidad de su placer más que con el fin de abdicar de él entregándose sin límite a los *estímulos* de la vida mecanizada, a sus sensaciones «listas para ser vividas», a sus distracciones frenéticas, etc. Y como una subjetividad tan inconsistente y vacía no puede sentirse viva más que con el progresivo incremento de la intensidad y la velocidad de los choques recibidos, el consumo hedonista retorna por su propio movimiento hacia un descontrol destructor al que, por su lado, aspiraba el izquierdismo, viendo en él el colmo de la emancipación. Quienes permanecen encerrados en la jaula temporal del instante, aislados tanto del pasado como del futuro, no afirman su humanidad sino incendiando su prisión. Así, sobrepasando la velocidad de la destrucción del mundo por la velocidad con la que se abocan hacia la abdicación de su autonomía, los individuos ajustan el sistema nervioso al ritmo de la historia y se adaptan a la catástrofe que no para de crecer.

Cuando este nihilismo se manifiesta en formas agresivas y delirantes, los defensores de la civilización de la máquina lo condenan como si difiriera esencialmente de aquel otro que, propagado por los mismos

---

*révolution* (N. del t.).

medios de comunicación de la instantaneidad, reviste más bien la valoradísima apariencia de un apoyo dócil a las buenas causas y a las movidas colectivas impulsadas por el moralismo y la corrección política. Pero los Días del Amor y los Días del Odio movilizan las mismas multitudes de individuos maleables, dispuestos a entregarse a cualquier emoción simplificada, masificada, que lleve consigo la promesa de una integración positiva en la colectividad. El militantisismo de la brutalidad y el militantismo de la tolerancia son simplemente dos formas de adaptación a través del sacrificio del yo: no solo no se excluyen una a la otra, sino que van a la par, y con frecuencia coexisten en los mismos individuos, dándose paso una a la otra alternativamente. La brutalidad tiene tan poco que ver con la firmeza, como la sensiblería con la humanidad.

La dominación moderna, necesitada de servidores intercambiables, vino a destruir —y tal vez este haya sido su principal éxito— las condiciones generales, el medio social y familiar, en fin, las relaciones humanas necesarias para la formación de una personalidad autónoma. (Aquellos que llevaban «un oficio en las manos»,<sup>26</sup> tal como se decía, eran menos inter-

---

<sup>26</sup> «Qui avaient un métier dans les mains», expresión antigua que significa que conocían bien su oficio (N. del t.).

cambiables que aquellos otros cuyo oficio consiste en estar sentados delante de la pantalla de un ordenador). Debido a su histrionismo y a muchos otros rasgos, los caracteres vaciados de todo lo que hubiera podido darles consistencia evocan diversas formas de destrucción de la personalidad descrita en el pasado por la psiquiatría. Aunque nos saltamos las consideraciones psicopatológicas requeridas para explicar el modo gracias al cual la enfermedad de ayer se ha convertido en la normalidad de hoy (*La falsa conciencia* puede consultarse a ese respecto con provecho), resultará fácil comprender que seres tan inconsistentes y necesitados de una personalidad prestada sean forzosamente, mucho más que los militantes del pasado («basta con hablar su lenguaje para infiltrarse en sus filas»), los dóciles instrumentos de todas las manipulaciones que se consideren útiles, de todas las «Love Parades» y, cuando sea necesario, de todas las *Revoluciones Culturales*.

El que se indigna moralmente ante las imágenes de miseria y masacres aparecidas en los medios, aunque comprendiese con prontitud lo obscuro de añadir retórica a la impotencia gracias a un sentimiento de horror no fingido sino realmente vivido, ¿qué busca sino la satisfacción narcisista de sentirse una persona sensible y civilizada, de exhibirse como tal y de ocultarse a sí mismo la angustia de estar atrapado en una pe-

sadilla *real* del fin del mundo? Igualmente, las masas congregadas por los promotores de tal o cual buena causa platónica se dedican más que nada a *admirarse a sí mismas* por encontrarse reunidas nadando en la euforia de una generosa unanimidad que no les causa ningún problema, puesto que *carece de consecuencias* y, por consiguiente, no les compromete lo más mínimo. En este sentido, existe muy poca diferencia entre los buenos sentimientos de la propaganda humanitaria, democratista y antirracista, y la incitación al asesinato hecha por las vedetes de la violencia simulada, de la misma manera que muy pocas cosas son las que separan, en cuanto a la conciencia, a las masas de alborotadores de una sola tarde de aquellas que se reúnen para otros «trances urbanos», donde se emborrachan de identificación mimética vibrando al ritmo sincopado de la música de masas.

Cuando dicen que los suburbios son un «laboratorio del futuro», se refieren a que la dominación se dispone a continuar sus experiencias con un *material humano* de ese tipo. Y puesto que la maquinaria de las relaciones universales y exclusivas de la mercancía ha de arrojar al abismo a masas cada vez más numerosas de excedentes, la neoarmonía descerebrada de las «Love Parades» tiene con seguridad menos futuro que la barbarie de las exterminaciones recíprocas. No

en la novela de Jack London, sino en un testimonio sobre la Argelia de hoy, leemos lo siguiente: «Es el reino de la confusión. Ya no se sabe quién es quién, quién hace qué. [...] También existen comités de autodefensa, mafias locales que mantienen sus propias milicias, militares de verdad, falsos gendarmes, falsos islamistas. La mayoría de las veces nadie sabe con quién se la está jugando. [...] Han privatizado una guerra que para muchos se ha convertido en un modo de vida. El Estado da dinero y armas para defender una parte del territorio. Surgen señores de la guerra. Reclutan hombres en su propia familia y no tienen más preocupación que la de aumentar su feudo. [...] La gente toma partido a favor de aquellos que les dan de comer» (*Le Monde*, 19-20 de enero 1997).

## VII

EL ABISMO, PUES, SE repuebla: en un horizonte embrollado por reportajes televisivos, países enteros son arrastrados hacia él por la modernización que exige el salto hacia adelante en la huida económica. Muchedumbres estupefactas son obligadas con cada vez menos miramientos a juntarse con todos los que allí se pudren. En Europa occidental, las consecuencias violentas de la descomposición impuesta a todo el planeta, del saqueo planificado de toda independencia material y espiritual hacia las relaciones de mercado, están empezando a pasar factura. Pero las oleadas de refugiados agolpándose en las fronteras del muy relativo refugio europeo son portadoras de una mala nueva: el desencadenamiento de una especie de guerra civil mundial, sin frentes precisos ni campos definidos, que se acerca inexorablemente, por el este, por el sur... Las almas caritativas autóctonas se inquietan al ver que Francia deroga sus tradiciones históricas, se cierra a los extranjeros, etc. Sus protestas son tanto más edi-

ficantes cuanto que no tienen en absoluto en cuenta el mundo real e ignoran alegremente lo que en realidad no sería más que la transcripción práctica de los principios enarbolados de acogida, de tolerancia, de libertad democrática, etc. Por lo demás, no están reclamando la abolición del Estado. En cualquier caso, el problema de saber si hay que defender o no Europa, o Francia, como si se tratase de una fortaleza asediada, se dilucidaría *de otro modo*, tal como es habitual en esa clase de falsos problemas: la fortaleza ya fue tomada *desde el interior*, dislocada por el mismo curso acelerado e imparable de las cosas, que todos calculan desastroso.

En las *Observaciones sobre la parálisis de diciembre de 1995* fue dicho que esta protesta abortada dejó tras de sí la convicción general de que no habría «salida de la crisis» y de que solo cabía esperar calamidades del funcionamiento de la economía planetarizada; convicción que expresó con bastante exactitud, a pesar de su imprecisión y de sus lagunas, el libro de Viviane Forrester, *El horror económico*. (Frase típica: «En este contexto, los sin techo, los “excluidos”, toda la masa dispar de estos dejados-de-lado forma quizá el embrión de las masas que amenazan con constituir nuestras sociedades futuras si los esquemas actuales continúan desarrollándose»). Pero aunque muchos se desencanten de las promesas de la sociedad industrial (la automati-

zación no ha suprimido el trabajo, sino que lo ha convertido en un privilegio envidiable), no se desencantan tanto de la sociedad industrial misma. La mayoría solo quiere aflojar las ataduras orgánicas que dicha sociedad impone, suavizarlas, tal vez incluso humanizarlas. Se sabe todo, o casi todo, de las consecuencias inevitables de la modernización económica, por lo que se pide «respeto», dirigentes que digan la verdad, etc. A la gente le gusta alarmarse con posibles amenazas («¿Y si dentro de poco ya no viviéramos en democracia?», se pregunta inquieta Vivianne), para calmarse al final, hacer como si reinara la paz, la democracia, *puesto que* nos dirigimos a un régimen sin relación con ninguna forma de dictadura conocida o catalogada como tal por los demócratas. En cualquier caso, nunca se ataca el contenido ni la finalidad de la producción industrial, ni tampoco la vida parasitaria que nos hace llevar, ni el sistema de necesidades que define; únicamente se deplora que la cibernética no trajera consigo la emancipación esperada: «Sus consecuencias, que han pasado a formar parte de los hábitos corrientes, deberían haber sido tremendamente benéficas, casi milagrosas. Pero tienen efectos desastrosos». Y si no hay que incriminar al modo de producción, ni a las técnicas que ha desarrollado para servirse, los responsables de nuestras desgracias no pueden ser otros que los «nuevos

señores del mundo»: nos señalan a unos depredadores apátridas (o «transnacionales»), cínicos y vividores, como si fueran los únicos que viven sin preocuparse del futuro, indiferentes a todo lo que no sea su satisfacción inmediata, como si en algún lugar, en no se sabe qué pueblo fuertemente atado a sus tradiciones, se hubieran conservado intactas, lejos del nihilismo de la mercancía, la honestidad, la previsión, la decencia y la mesura.

Las denuncias moralizantes del horror económico van dirigidas en primer lugar a los empleados amenazados por la aceleración de la modernización, a esa clase media asalariada que se había soñado burguesa y se despierta ahora proletarizada (o incluso lumpemproletarizada). Pero sus miedos y su falsa conciencia son compartidos por todos los que tienen algo que perder con el desmantelamiento del antiguo Estado nacional organizado por los poderes que controlan el mercado mundial: trabajadores de sectores industriales hasta entonces protegidos, empleados de los servicios públicos, ejecutivos diversos del sistema de garantías sociales enviado al desguace... Todos esos conforman la masa de maniobra de una especie de frente nacional-estatal, un informal «partido de Diciembre» donde una salsa ideológica antimundialista ligaría toda clase de desechos políticos descompues-

tos: republicanos a la moda Chevènement-Seguín-Pasqua,<sup>27</sup> escombros estalinistas, ecologistas socializantes, izquierdo-humanitarios en expectativa de militatismo e incluso neofascistas deseosos de «proyecto social». Este partido de la estabilización existe solo de forma imprecisa y aparente para proporcionar una vía de desagüe a las recriminaciones contra los excesos de los partidarios de la aceleración: su razón de ser es una protesta sin resultado y que se sabe vencida de antemano, al no tener *nada* que oponer a la modernización técnica y social según las exigencias de la economía unificada. (Por lo demás, todos los denominados enemigos de la unificación del mundo, incluidos los más izquierdistas, son entusiastas de las posibilidades de teledemocracia ofrecidas por las «redes»). Semejante representación de los descontentos sirve sobre todo para integrar la contestación en seudoluchas en las que nunca se habla de lo esencial y siempre se *reivindican* las condiciones capitalistas del período anterior, que la propaganda designa con

---

27 Jean-Pierre Chevènement, ministro socialista de Defensa en 1991, contrario a la participación de Francia en la Guerra del Golfo; Philippe Séguin, de la derecha, presidente de la Asamblea Nacional entre 1993 y 1997, opuesto al Tratado de Maastricht; Charles Pasqua, de la derecha, ministro de Interior y responsable de leyes contra la inmigración entre 1993 y 1995 (N. del t.).

el nombre de Estado del bienestar. Dicha representación no podría tomar consistencia, como relevo político, más que en caso de desórdenes graves, pero tal situación no haría sino exhibir su impotencia en la *restauración* de lo que fuere. En realidad, el papel histórico de esta facción nacional-estatal de la dominación y el único futuro que tiene consiste en preparar a la población —puesto que, en el fondo, todo el mundo se resigna a lo que cree inevitable— para una dependencia y una sumisión aún más profundas. Pues, lo que subyace en el fondo de todas esas «luchas» por los servicios públicos y el civismo, es la *reclamación*, presentada ante la sociedad administrada, de evitar los desórdenes propagados en todas partes por la ley del mercado, según la cual «el Estado resulta demasiado caro». ¿Y cómo podría la administración evitarlos sino con nuevas cadenas, el único modo de mantener unidas las sociedades humanas civilizadas convertidas en aglomerados de demencia? ¿Qué nos protege, en efecto, de un tipo de caos a la argelina o a la albanesa? Desde luego, no la solidez de las instituciones financieras, la racionalidad de los dirigentes, el civismo de los dirigidos, etc.

Sin embargo, mezclado con esos miedos y la demanda de protección, existe también el deseo, apenas secreto, de que, por fin, pase algo que aclare y simpli-

fique de una vez por todas, aunque conlleve la violencia y el abandono, este mundo incomprensible en el que la avalancha de acontecimientos y su confusión inextricable van por delante de cualquier reacción y pensamiento. La idea de una catástrofe, al fin total, de una «gran implosión», abraza la esperanza de un acontecimiento decisivo, irrevocable, que ocurra de un día para otro, que saque a todos de la descomposición de todo, de sus combinaciones imprevisibles, de sus efectos omnipresentes e inasequibles: que cada cual *no tenga más remedio* que decidirse, reinventar la vida a partir de las primeras necesidades, de las necesidades elementales, que, entonces, ocuparían el primer plano. Esperar a que el traspaso de un determinado umbral de degradación de la vida rompa la adhesión colectiva y la dependencia con respecto a la dominación, forzando a los individuos a la autonomía, significa desconocer que incluso solo la simple percepción del traspaso de un umbral sin ni siquiera mencionar la obligación de liberarse requeriría no estar corrompido por todo lo que condujo a dicho umbral; significa no querer reconocer que la habituación a las condiciones catastróficas es un proceso comenzado hace tiempo, que permite, de alguna manera, *por propia inercia*, al franquearse un umbral de desintegración por las bravas, acomodarse mal que bien a él (el proceso se vio

perfectamente después de Chernóbil, es decir, que no se vio nada). Además, ¿qué efecto emancipador podría tener un derrumbe repentino y completo de las condiciones de supervivencia? Las rupturas violentas de la rutina que se producirán sin duda en los años venideros, probablemente empujarán la inconsciencia hacia formas de protección disponibles, estatales u otras. No solo no cabe esperar de una *buena catástrofe* la iluminación de la gente respecto a la realidad del mundo en el que vive (son aproximadamente las mismas palabras de Orwell), sino que todas las razones apuntan a temer que, ante las calamidades inesperadas que van a desencadenarse, el pánico refuerce la identificación y los lazos colectivos fundados en la falsa conciencia. Ya estamos viendo como esa necesidad de protección resucita antiguos modelos de vínculos y de pertenencias, bien sean clánicas, raciales o religiosas: los fantasmas de todas las alienaciones del pasado vuelven para acosar a la sociedad mundial que se vanagloriaba de haberlas superado gracias al universalismo de la mercancía. En realidad, el hundimiento *interior* de los individuos condicionados por la sociedad industrial de masas ha alcanzado tales proporciones que ya no se pueden formular hipótesis serias sobre las reacciones futuras de los mismos: una conciencia, o una neoconciencia, si se quiere, privada de la dimensión

del tiempo (considerada como *normal*, puesto que está más que adaptada a una vida impuesta y, además, de alguna forma, todo le da la razón) es por naturaleza *imprevisible*. No se puede razonar con la sinrazón. La esperanza puesta en una catástrofe, en un colapso liberador del sistema técnico provocado por él mismo, no es más que el reflejo invertido de la esperanza puesta en ese mismo sistema técnico para que ocurra en positivo la posibilidad de una emancipación: en ambos casos se disimula el hecho de que los individuos capaces de aprovechar tal posibilidad o tal ocasión desaparecieron por culpa precisamente de la acción del condicionamiento técnico, visto lo cual, los individuos de hoy no han de esforzarse en ser uno de aquellos. Quienes quieren la libertad sin esfuerzo demuestran que no la merecen.

Según las últimas noticias, una eventual «clonación» de humanos *amenazaría* con transformar nuestras sociedades en termiteros totalitarios. Es dudoso que haya que recurrir a tales medios para obtener tan interesante resultado para la dominación, a saber, la constitución de una masa homogénea de antropoides estereotipados. En cuanto al problema planteado a los comités de ética sobre la distancia infranqueable entre el animal y el hombre, se encontró solución en una bestialización de la humanidad para nada deudora de

manipulaciones llevadas a cabo con sigilo en los laboratorios, sino fruto de constricciones ocurridas a la vista de todos. El proceso de humanización quedó inacabado y sus frágiles logros se están deshaciendo: el hombre era el ser al que nada ponía límites, tan capaz de completar su propia forma libremente «como un pintor o un escultor», como también capaz de degenerar a formas inferiores, dignas de la bestia. Lo que, según Chesterton, motivó la hostilidad popular de su época hacia el darwinismo no fue tanto la repugnancia a admitir un origen simiesco, como el presentimiento de que semejante teoría de la evolución anunciaba un *devenir* simiesco: la idea de que el hombre es indefinidamente maleable y adaptable resulta preocupante cuando se apoderan de ella los amos de la sociedad.

Para que nos lo tomemos con calma, los expertos nos explican que el hombre se humanizó gracias a la técnica, y que, gracias a las centrales nucleares, a los ordenadores que almacenan la historia universal y a las manipulaciones genéticas, este sigue humanizándose. De una premisa falsa (como lo ha demostrado Mumford y, a su manera, Lotus de Païni) se salta a una conclusión absurda que no lo sería menos aunque la afirmación inicial fuera perfectamente exacta. En efecto, ¿qué pensaríamos de alguien que dijera: «El señor Tal construyó una casa de dos pisos, una vivien-

da espaciosa para él y su familia, pero no se contentó con dos pisos, añadió otros cuarenta, o cuatrocientos o cuatro mil y todavía sigue. ¿Qué podríamos objetar a que lo haga? Creó un abrigo para los suyos y así *continúa*». La torre insensata del señor Tal está condenada a desplomarse de un momento a otro sobre sus habitantes, puesto que cada planta nueva aumenta la amenaza de derrumbe, pero se continúa hablando del tema como si se tratara de un simple *lugar para abrigarse*. Así precisamente es el discurso de los apologetas del desarrollo técnico infinito, con una circunstancia agravante, que ese discurso se pronuncia ante un montón de escombros: la casa, convertida en torre insensata, *ya se ha desplomado*. Y todo lo tenebroso de ese abrigo, las realidades oscuras en las que se basaban las identidades colectivas y el chantaje social, los miedos, las represiones y las crueldades, toda la parte de barbarie enterrada bajo el edificio de la civilización, todo ello emerge de los sótanos y los cimientos y sale ahora a la luz.



*Plutonia. Inv. et sculp.*

